

Selección



RALPH BARBY

CREPUSCULO ROJO

SOLO MAYORES



RALPH BARBY

CREPUSCULO ROJO

Colección

SELECCION TERROR n.° 414 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

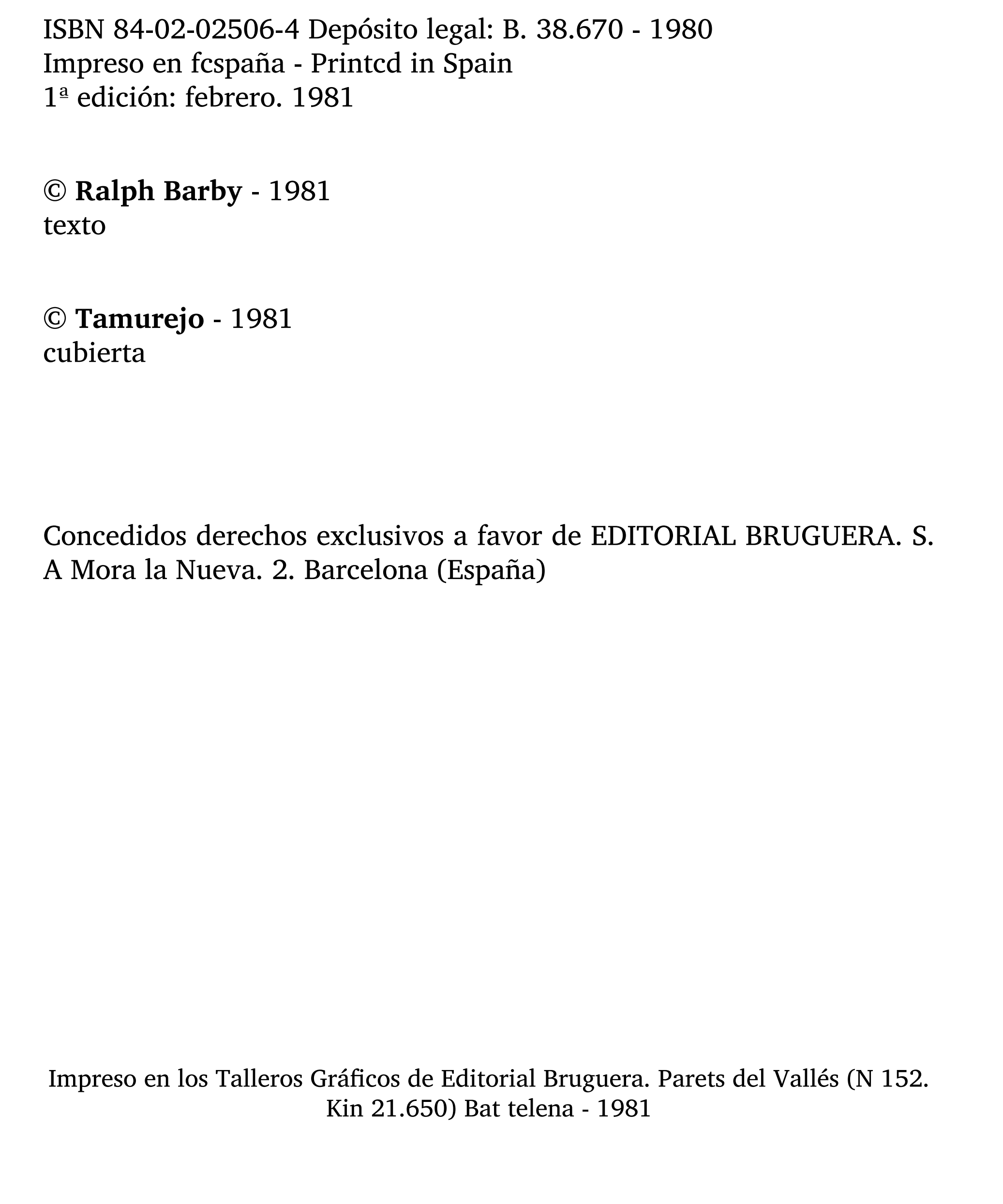
409 —;*Dientes!* • Clark Carrados.

410 — *Hotel de horrores* Curtis Garland.

411 — *Juguetes, horror* y *muerte* • Joseph Berna.

412 — *Viaje al centro del infierno* - Clark C arrados.

413 — *El culto de la carne sangrante* • Curtis Garland.



ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 38.670 - 1980
Impreso en fcspaña - Printcd in Spain
1ª edición: febrero. 1981

Impreso en los Talleros Gráficos de Editorial Bruguera. Parets del Vallés (N 152. Kin 21.650) Bat telena - 1981

CAPITULO PRIMERO

—Luna Roja a quien quiera escuchar, cambio.

Dejó abierto el emisor transmisor esperando una respuesta a través de las ondas, pero sólo se escuchaban ruidos y voces ininteligibles que debían proceder de algún lugar leja no. quizá un barco pesquero, quizá de otro país.

—Damien...

—Si, Juliet.

La mujer se acercó a él y le besó en la mejilla. Después, se sentó en el brazo de la butaca en la que el hombre estaba acomodado.

—No te van a contestar, no hay nadie por los alrededores.

—Nunca se sabe; cerca de la playa hay campings.

—Bueno, si insistes, alguien acabará respondiéndote.

—Estos aparamos, emisores de potencia considerable o pequeños walki-talkies de un watio, sirven para hacer amistades.

—Es cierto, se puede hablar sin que nos veamos las caras, eso no compromete a nada.

—Creo que hemos alquilado un chalet demasiado solitario —se lamentó el hombre.

—El precio era bueno —le objetó ella—. Ya sabes lo caros que están los alquileres de chalets en zonas vacacionales.

—Sí, y desde que me di el tortazo con el coche las cosas no nos van demasiado bien y encima, estoy hecho un inválido.

Ella le rodeó los hombros con sus brazos, amorosa

—No digas eso, Damien, estás en periodo de recuperación.

—Ya, caminando con muletas y con varias cicatrices en mi cuerpo.

—Si no te desnudas, no se ven.

—Disculpa, estoy un poco deprimido. Tener que usar muletas me revienta.

—Ya sabes que sólo serán unos mese y este lugar tan tranquilo, con aire puro, es el mejor sitio para que puedas reponerte.

—Y estamos consumiendo nuestros escasos ahorros —se quejó él.

—Reponte y volverás a ser el hombre activo, dinámico y luchador que has sido siempre. Eso sí, en adelante tendrás que conducir con más cautela. Este accidente fue un aviso y ya ves el daño que te ha hecho. El próximo podría ser la muerte.

—La muerte... A veces me pregunto si de verdad la muerte será tan mala como para temerla tanto.

—Mala, no, es horrible —puntualizó Juliet acariciándole los cabellos.

Era evidente que amaba a su joven marido, postrado en aquella butaca en periodo de recuperación tras el dramático accidente de

automóvil.
—La verdad es que estamos casi pegados al cementerio. Sólo tienes que abrir una ventana para ver el muro blanco y los cipreses asomando por detrás como si fueran almas en peno que tratan de mirar hacia el exterior.
—¿Te deprime tener el cementerio cerca?
—No, la verdad es que no. A lo mejor acabo escribiendo un cuento sobre las almas en pena que hay dentro de él.

—No, Damien, no lo hagas.
—¿Por qué, eres tú ahora la que temes a los muertos?
—A los muertos hay que dejarlos en paz tras ese muro, no hay que molestarles.
—Seguro que nos cedieron económico este chalet porque no había quien quisiera pasar las vacaciones junto a la tapia del cementerio. En los alrededores no vive nadie, no hay casas aparte de ésta; las más próximas están ya pegadas al pueblo.
—Bueno, ya sabes que se comenzó a urbanizar esto pero luego no se vendió.
—No me extraña, no hay luz eléctrica en las nuevas calles que se abrieron.
—Nosotros sí la tenemos.
—Si, un cable que nos viene directo hasta aquí, saltando de poste en poste, y en los días de tormenta se va, según dicen.
—La verdad es que preferiría que hubiera luces en el camino que conduce al pueblo, pero si no las hay... —Juliet se encogió de hombros—. Qué le vamos a hacer. Después de todo, sólo vamos a estar una temporada aquí y como vamos con el coche, no hay problema.
—Si, pero con estas muletas, yo no puedo salir a pasear con una linterna para evitar darme un tortazo contra un árbol.
—Lo que no debes hacer es salir por la noche, Damien, estás en periodo de recuperación.
—Espero que después de este tiempo de descanso y de paseos diarios por el campo con muletas quede como nuevo o por lo menos, que lo parezca.
—Tú eres un hombre de fácil recuperación, eres joven y fuerte.
—¿Por eso te casaste conmigo?
Ella siguió acariciándole los cabellos. Con cierta picardía, comentó:
—Soy muy femenina y la verdad, quería un hombre fuerte.
—¿Para qué te proteja o para hacer el amor?
—Para las dos cosas. No me sentiría a gusto en la cama con un hombre poco varonil, ya me entiendes, físicamente débil.
—¿No tienes espíritu maternal?
—Todavía no soy madre. Soy mujer y quiero a un hombre para que me haga suya plenamente, hasta la extenuación, y no que yo tenga que hacerle de mamá.
—Pues ahora te sentirás frustrada viéndome con las muletas.
—No te hagas el triste, que no te va. Te hacen falta muletas para caminar hasta que te recuperes, pero en la cama, en la cama —repitió muy intencionadamente— sigues siendo el mismo de siempre, lo que quiere decir que estás fuerte y vigoroso.

—Aquí Jota-Jota llamando a Luna Roja, cambio...

Damien y Juliet se quedaron mirando el walki-talky de cuatro watios que tenían sobre la mesa. Por su altavoz acababa de brotar una voz desconocida para ambos.

—Mira, te han respondido, tu llamada no ha sido estéril —le dijo Juliet sonriente, como dándole satisfacción a un niño.

Damien, como si aquello fuera parte de un juego, como si tuviera deseos de volver a ser niño en aquel alto que había hecho en su labor profesional debido al accidente de circula- ción, tomó el walki-talky y oprimió el resorte que le permitía lanzar su voz a las ondas.

—Luna Roja responde a Jota-Jota, te copio bien. Puedes seguir modulando, cambio.

—Aquí Jota-Jota. Te había copiado antes pero tenía las pilas mal y no podía emitir. Ya las he cambiado, como habrás podido comprobar. Avanti.

—Se te oye muy bien, cambio.

—¿Estás acampado por aquí, Luna Roja? Avanti.

No, estoy en un chalet, vacacionando. ¿Y tú? Cambio.

—Somos un grupo de amigos, estamos acampados entre el pinar. Avanti.

—No debes estar muy lejos porque te copio bien, cambio.

—Estamos en un lugar donde hay unas rocas, por aquí dicen que es un monumento funerario. Avanti.

—Debe ser la tumba del moro —dijo Juliet a su marido—. ¿Recuerdas que nos hablaron de ella?

—Ah, sí. —Damien volvió a abrir el emisor—. ¿Es una roca granítica, casi circular; y luego hay otras cuatro rocas separadas y colocadas equidistantes? Cambio.

—Sí, eso es. una central, más grande y cilíndricas y cuatro pequeñas... Esto está muy oscuro, pero de día es bonito. Avanti.

—Cuidado con la tumba del moro, cambio.

—¿Qué sucede, hay aparecidos? Avanti.

—Eso cuentan en este pueblo. Yo no soy de aquí, aunque quizá estoy en peores condiciones que vosotros. Cambio.

—¿Peores condiciones? No te entiendo. Avanti.

—Sí, estoy en un chalet frente al cementerio. Si los muertos sacan la mano por entre las rejas, podremos estrechárnoslas. Cambio.

—Estás muy de broma. Luna Roja. Avanti.

—¿Cuántos días estaréis de acampada? Cambio.

—Cinco o seis, no sabemos exactamente. Avanti.

—Si os hace falta alguna cosa, podéis acudir al chalet, os ayudaré en lo que pueda. Cambio.

—Gracias, Luna Roja. Q.R.T.

—Luna Roja, Q.R.T. —Y cortó la comunicación.

—¿Q.R.T. significa que cortas la conversación? —preguntó Juliet a su lado.

—Sí. Ya ves, tenemos amigos no muy lejos, en el pinar.

—Podemos acercarnos mañana paseando, hay un camino y será una forma de hacer ejercicio.

—Me parece bien —aceptó Damien. Juliet sonrió, estaba contenta.

Damien parecía haber dejado a un lado la depresión por sentirse tan esclavo de las muletas y las butacas y se sentía mejor con la

posibilidad de conocer a unos jóvenes aunque sólo fuera durante unos pocos días cuando ellos deberían permanecer en el chalet un mínimo de dos meses, el tiempo preciso para que su columna vertebral y su pierna derecha volvieran a funcionar, si no bien del tocio, camino ya de la recuperación total.

Dentro de una de las tiendas de campaña había tres chicos y unos bultos que no eran otra cosa que motocicletas todo terreno, cubiertas con lonas plastificadas.

Jean, uno de los jóvenes, observó' a su compañero que tenía el walki-talky:

—¿Por qué no le preguntas al tipo ese de Luna Roja dónde podemos encontrar gasolina?
—¿Ahora quieres que le pregunte? Si ya hemos cortado la comunicación.
—Inténtalo, Benoit, quizá esté escuchando aún.
—Está bien.
Benoit abrió de nuevo la comunicación y escuchó; no pudo oír ningún sonido, ni siquiera de comunicaciones lejanas a las que no pudiera contestar, sólo escuchar.
—Aquí Jota-Jota llamando a Luna Roja, avanti.
Aguardaron unos segundos. Al poco oyeron una voz que no podía decirse que fuera muy clara. Arrastraba las sílabas, alargándolas y pronunciando como si fuera extranjera.
—Queremos lo que nos corresponde... Venid a nosotras.
—¿Qué ha dicho? —preguntó Jean mientras el tercer compañero roncaba dentro de la tienda, profundamente dormido.
—No sé, dice que quiere lo que le corresponde.
—¿Y qué le corresponde?
—No se, se lo voy a preguntar. —Pulsó el resorte del walki-talky para hablar a través de las ondas—. Aquí Jota- Jota... ¿Qué es lo que os corresponde? Avanti.
—Vuestra vida, vuestra sangre.
—Esa está chalada —gruñó Jean.
Benoit, que a sí mismo se denominaba como Jota-Jota, opinó:
—Para mi que lo que quiere es embromarnos. A lo mejor es la tía que está con ese que se hace llamar Luna Roja.
—Puede.
—¿Y qué le contesto?
—Que si quiere acostarse con nosotros. Sólo tenemos dos chicas y somos cinco hombres.
—Aquí Jota Jota... Oye, guapa, ¿quieres acostarte con no sotros? Somos machos de pura sangre, guapos y bien proporcionados. Avanti. '
—A ver qué dice ahora —se rió Jean. No hubo respuesta.
¡Aaaaaaagg...!
—¿Qué ha sido ese grito? —brincó Jean. ¿Otra broma?
—Me parece que no es ninguna broma, pero lo que es yo no salgo de la tienda. Jean se rió sordamente.
—¿Tienes miedo?
—No. pero no tengo ganas de gastar las pilas de la linterna, afuera

está muy oscuro.

—Y el cementerio no queda muy lejas, está al otro lado de los pinos. Quién sabe si se ha escapado un muerto de su tumba y va vagando por ahí, lanzando alaridos lastimeros.

—No era un hombre, era una mujer.

—Pues, una mujer vampira. Sería divertido, oye. —Y volvió a reírse.

—Si tanto te divierte, ¿por qué no sales tú a ver qué ha sido ese alarido?

—Tu madre.

Apagaron la pequeña linterna y se arrebujaron dentro de los sacos de dormir.

Inesperadamente, cuando ya habían transcurrido unos minutos de lo que creyeron una broma, la tienda se movió, se agitó completamente como si fuera a plegarse sobre los

acampados.

—¿Quién hay ahí, quién hay ahí? —inquirió Benoit.

—Puede ser una bestia —masculló su compañero. Gracias a la oscuridad no se veía la palidez de su rostro.

CAPITULO II

—Clement no se despertará, ha tomado pastillas, yo lo he visto.

—¿Estás seguro de lo que dices? —rezongó Jean.

—Bueno, ¿venís o no? —se impacientó Paul que se hallaba en la puerta de la tienda, con una linterna en su mano.

—Es que te has presentado de una forma tan inoportuna... —se quejó Benoit al compañero recién aparecido—. Hemos creído que era un jabalí, un oso o vete a saber qué.

—Venid y veréis lo que he descubierto —insistió Paul. Benoit, el joven que solía manejar el walki-talky, gruñó:

—Como sea una broma, te sacudo.

—Ya veremos quién sacude luego... Creo que hemos venido a dar a un lugar maldito.

—¿Lugar maldito? —mascculló Jean, saliendo de su saco de dormir—. Aquí estamos todos muy idiotas, por no decir algo grueso.

—Lo que queráis, pero he preferido no decírselo a las chicas, a lo peor se mueren del susto.

—Pero, ¿qué coño es lo que tienes que enseñarnos? —se impacientó Benoit.

—Tenéis que verlo. Si os lo explicara, no lo creeréis.

—Está bien, vamos —aceptó Benoit, saliendo de la tienda. Jean le siguió, los tres llevaban linterna.

—Cuernos, qué frío.

—No menciones al diablo ahora —le cortó Paul.

—No empieces con tonterías, yo no creo en el diablo ni en su suegra.

—Bueno, es de noche y casi no hay luna.

—Sí que hay luna, vamos camino de la luna llena, lo que pasa es que es temprano y no ha salido aún —les objetó Jean.

—Bueno, pues aquí cerca está el cementerio.

—Y la tumba del moro —le puntualizó Benoit.

Paul, que no había oído la conversación mantenida por walki-talky, preguntó:

—¿De qué tumba del moro hablas?

—Esas rocas que parecen un túmulo funerario.

—¿Eso es la tumba del moro?

—Sí.

—No te fastidia —gruñó Paul—, sólo faltaba eso.

—Pero, ¿qué haces tú por afuera hasta que has tropezado con los vientos de nuestra tienda? preguntó Jean a Paul.

—He oído un grito y he salido a ver qué pasaba. He pensado que alguno de vosotros podía haberse dado de narices.

—Y ahora, ¿adónde vamos? —preguntó Benoit, impaciente y molesto por haber tenido que salir del saco. El relente nocturno era helado y parecía tratar de penetrar hasta el tuétano de los huesos.

Caminaron hasta que Paul se detuvo y enfocó con su linterna un socavón del terreno

que no tendría más de tres metros de radio si se le miraba como circunferencia, aunque sus bordes eran irregulares.

Jean preguntó:

—¿Qué hay ahí?

—¿No lo veis? —Paul enfocó a un lugar muy concreto.

—¡Jo, un muerto!

—Está podrido —gruñó Benoit.

—Da asco mirarlo —dijo Jean.

Efectivamente, aquel cadáver estaba descompuesto, hedía y semejaba mirarles con las cuencas de sus ojos vacías.

El rostro eran colgajos de piel ennegrecida, las ropas estaban destrozadas y llenas de moho. Benoit se volvió bruscamente y vomitó cuanto había cenado.

—Qué blando es este Benoit —se mofó Jean, el más alto y corpulento de los tres. Tenía unas grandes manazas de dedos cortos que en ocasiones semejaban hinchados,

como guantes de goma con los que se juega llenándolos de aire y retorciendo las muñecas para que no escape el aire.

—¿Cuánto tiempo hará que está ahí?

—Yo me voy, no me siento bien —musitó Benoit.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Jean.

—Hay que dar parte a la policía —dijo Benoit, pálido, con los labios temblorosos y un sudor frío empapándole la cara. Aquel macabro hallazgo le había descompuesto.

—No. a la policía no —gruñó Jean—. Empezarían a darnos la lata. Total, es un muerto de hace tiempo, apesta. Posiblemente sea un vagabundo dormido en ese agujero y le dio el infarto.

Paul opinó:

—Le habrán mordido hasta las bestias o vete a saber, puede estar lleno de hormigas.

—¿No podéis hablar de algo más divertido?

—se quejó Benoit. Jean propuso:

—Oye, ¿y si se lo contamos a Luna Roja?

—¿Luna Roja, quién es Luna Roja? —quiso saber Paul.

—Un tipo de por acá.

—¿Le conocéis?

—No, no le conocemos.

Benoit, un poco más recuperado, de espaldas al cadáver corrompido al que se negaba a mirar, explicó:

—Con el walki-talky he conectado con alguien que se identifica como Luna Roja.

—¿Y quién es?

—No lo sé, ha dicho que está en un chalet cerca del cementerio, que si necesitamos algo podemos ir a pedírselo.

—¿Y si es un poli? —gruñó Jean.
—Pero, ¿por qué coño tienes tanto miedo a la policía? —estalló Benoit, como si tras aquella explosión fuera a sentirse mejor, más seguro de sí mismo.
—¿Un poli Luna Roja, por qué habría de ser un poli? —preguntó Paul.
—No sé, nunca se sabe. Si es poli, puede tener un cacharro de esos como el de Benoit.

—Sí, y el capricho de vivir junto al cementerio, rodeado de solead, para que los muertos descansen en paz sin oír el estruendo de un pub o una discoteca —replicó Benoit.
—Bueno, no discutáis. Hemos descubierto un cadáver, mañana ya decidiremos, pero yo no podía echarme a dormir sin decíroslo.
—Un momento, un momento... —pidió Benoit.
—¿Qué pasa, te encuentras peor? —le preguntó Jean, siempre dispuesto a burlarse, importándole muy poco la presencia de aquel cadáver de aspecto siniestro, corrompido por el paso del tiempo.
—Paul...
—¿Sí?
—Tú has salido porque has oído un grito, ¿verdad?
—Sí.
—Nosotros también lo hemos oído —confesó Jean—, pero pensamos que se trataría de una broma.
Paul, tú has salido de la tienda a ver qué pasaba porque has oído un grito y te encuentras con un cadáver corrompido. No encaja, ¿verdad?
Paul frunció los labios, pensativo.
—La verdad es que no, porque sería una estupidez pensar que ha gritado el cadáver que está ahí abajo desde hace meses.
—Eso es, meses —ratificó Jean.
—Entonces, ¿quién ha gritado?
Los tres se miraron. Al fin, Paul, con un estallido casi de disculpa, gruñó:
—¿Qué queríais que hiciese si he descubierto el cadáver, seguir buscando?
—Quién sabe, a lo peor te encontrabas con otro más reciente.
Jean, déjate de bromas, esto es muy serio Ahí hay un muerto —dijo Benoit señalando con su mano por encima del hombro sin volverse porque era fácilmente impresionable.
—Llevamos palas, ¿no?
—¿Y qué quieres decir con eso? —le preguntó Paul a Jean.
—Que con unas cuantas paladas de tierra, lo tapamos y asunto concluido. Si les contamos a las chicas que este Hambre corrompido está aquí, nos van a dar la lata y se terminó el largo, largo, largo fin de semana. La verdad, yo espero pescar algo bueno esta vez.
—No digas tonterías, Jean. Cubrir con tierra ese cadáver es ocultación de pruebas a la ley, un delito.
—Está bien, está bien, señorito Benoit, haz lo que te venga en gana, pero si las chicas lo ven, fiasco, fiasco, fiasco...

CAPITULO III

¡Rrrrrrruuuuuummmmmmm!

Juliet se revolvió en el lecho. Un ruido que se le antojó infernal acababa de despertarla. Aquélla no era la paz del campo, la paz del cementerio próximo, semejaba que fuera a hundirse la tierra. Sus oídos se habían acostumbrado desde hacía algunos días a una paz bucólica sólo perturbada por los trinos de los pájaros.

Extendió la mano y halló el resto de la cama vacía. Damien no estaba a su lado. Somnolienta, se levantó y tomó una bata larga que la abrigaba del frío considerable que hacía en aquel lugar cuando todavía no había irrumpido la primavera.

Salió de la alcoba y se asomó a la escalera. Cuando el ensordecedor ruido se oía tan cerca que semejaba querer derribar la puerta del chalet, llamó:

—¡Damien!

No obtuvo respuesta. Un tanto asustada, descendió al saloncito. Vio la luz en el despacho, entró y descubrió a su marido dormido sobre un libro. Con amor, se acercó y le acarició el cabello.

—Damien...

El abrió los ojos justo cuando el ensordecedor ruido cesaba.

—Juliet, estaba soñando que nos hallábamos en medio de un terremoto.

—Casi, casi. Parece que hay alguien afuera.

—¿Quién?

Llamaron a golpes sobre la puerta.

—Voy a abrir —dijo él.

—No, quédate, ya voy yo —dijo Juliet arreglándose un poco el pelo.

Era joven y hermosa, rubia, de ojos claros y podía permitirse el lujo de aparecer ante los ojos críticos de cualquier persona tal como acababa de levantarse de la cama.

Al abrir la puerta se encontró frente a dos jóvenes a los cuales no conocía. Uno de ellos era alto, corpulento. Sonreía, quizá era una expresión fija en su rostro.

El otro tenía un aspecto más normal. Ambos vestían cazadoras de cuero negro.

—Buenos días, madame. ¿No está aquí Luna Roja? —preguntó Paul.

—¿Luna Roja?

Juliet miró instintivamente hacia el interior. Damien había preguntado desde lejos, más que nada para demostrar que allí había un hombre, no fuera que los dos recién llegados en las infernales motocicletas de trial cometieran alguna tontería pensando

que Juliet estaba sola.

—Es mi marido. ¿Qué buscáis?

—Perdón, madame —siguió hablando Paul mientras Jean sonreía y balanceaba su pesado cuerpo—. Es que su esposo habló por un emisor identificándose como Luna Roja.

—Si, ya lo sé.

—Como dijo que sí necesitábamos ayuda...

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Juliet, inquieta.

—Pues...

Paul miró a Jean y éste preguntó:

—¿Son ustedes del pueblo?
—No, no somos de aquí, tenemos el chalet rentado por un tiempo. En realidad, sólo tengo un pariente lejano en este lugar.
—Verá, madame, nosotros estamos acampados en el pinar.
—Sí, eso oí.
—Juliet, diles que pasen —pidió Damien a distancia
Juliet volvió a tocarse el pelo como para arreglárselo, dudó pero al fin optó por no contradecir la petición de Damien y les hizo pasar al despachito.
Las maletas no estaban a la vista. Damien se hallaba recostado en la espaldera y levantaba pesas de halterofilia por encima de su cabeza.
Los bíceps se le hinchaban ostensiblemente. Delante de los dos jóvenes continuó con sus ejercicios sin que éstos pudieran darse cuenta de que se hallaba en inferioridad física frente a ellos.
—¿Qué sucede? —preguntó Damien sosteniendo las pesas por encima de su tórax, haciendo una demostración de la potencia física de sus brazos.
—Verá. Luna Roja... —comenzó a decir Paul.
—Me llamo Damien, aunque por el walki-talky me hago llamar Luna Roja.
—Yo soy Paul y éste, Jean, somos tres chicos más y dos chicas.
—¿Ha ocurrido algo?
—¿Ustedes no han oído nada esta noche? —quiso saber Paul. Damien miró a Juliet y ésta contestó:
—Salvo vuestras motos esta mañana, no.
Damien descansó la pesaren el suelo, retrocediéndola por detrás de su cabeza, sin prisas aparentes por incorporarse de la espaldera que lo mantenía en posición casi horizontal.
—No hemos oído nada. ¿Por qué? —preguntó Damien sentándose. Tuvo que hacer un esfuerzo que disimuló bien. Juliet lo observó y se dio cuenta del interés de Damien para que no se notara su debilidad ante los dos jóvenes de las cazadoras de cuero negras.
—Nosotros oímos un grito y pensamos que podían saber algo.
—Pues no. no sabemos nada. ¿Un grito, decís?
—Si, un grito largo, como si a alguien lo estuvieran degollando —explicó Jean.
—No. ¿Verdad, Juliet?
—No, yo tampoco y tengo el sueño ligero.
—Entonces, nada. Hemos pensado que alguien podía haber sufrido un accidente —dijo Paul.
—Pues no. que nosotros sepamos.
—Entonces, nos marchamos. Estamos acampados en el pinar,

cerca de lo que parece un monumento funerario antiguo, lo que usted llamó la tumba del moro.

—Sí, ya me lo dijisteis por el walki-talky. ¿Era uno de vosotros el que hablaba?

—No, no era ninguno de los dos, era Benoit, que esta mañana no se encontraba muy bien.

—En el pueblo hay un sanitario. Sí es más grave, habrán de buscar al médico del pueblo de al lado —les dijo Juliet.

—No, será un simple catarro —dijo Paul sin darle mayor importancia.

Mientras se alejaba hacia la puerta, Jean preguntó:
—¿Saben dónde hay una gasolinera?
—En el pueblo —explicó Juliet—. Hay una casa que tiene como un caballo de hierro colgado de unas cadenas, ya sabéis, un cartel anunciador.
—¿De una caballeriza? —preguntó Jean.
—Sí, eso era antes, ahora hay un tractor. Ahí dentro os venderán gasolina para vuestras máquinas.
—Gracias, madame —dijo Paul.
Cuando salieron al exterior y se acercaron a las motocicletas, ajustándose los cascos que durante todo el tiempo habían tenido colgando de las manos, Jean opinó:
—Está buena la tía, ¿eh, Paul?
—Sí, pero cuidado con los puños del tío.
—Bah, no será tanto. Por cierto, ¿no pudo ser ella la de la broma del walki-talky?
—No sé, tú sabrás, yo no oí nada, no estaba en vuestra tienda.
—Si, claro. A mí me parece que pudo ser ella, una tía que tiene ganas de jugar. A lo mejor es una ninfómana.
—¿Por qué dices «a lo mejor»? —preguntó Paul colocando ya el pie sobre el pedal del arranque.
—Quién sabe, podemos pasarlo divertido todos. Ya sabes que hay tías que con un tipo no tienen bastante.
—Tienes la sesera demasiado caliente.
—La sesera y los cataplines —se rió Jean, haciendo rugir a su motocicleta.
«Mira que eres estúpido», se dijo Paul.
—Y ahora, a tapar el cadáver para que las chicas no lo descubran o si no, se van volando. Juliet, a través de las finas cortinas, los vio alejarse.
—¿Se han marchado ya? —preguntó Damien.
Al volverse, Juliet vio a su marido avanzando con aquellas muletas que le ayudaban a recuperarse, unas muletas que eran su salvación pero que ella ya había comenzado a odiar silenciosamente.
—Si, se han ido.
—Espero que no estén mucho por aquí, con esas máquinas van a asustar hasta a las ratas. Los pájaros se morirán del susto.
—Esas máquinas sólo deberían existir para casos realmente necesarios, como deporte tendrían que prohibirlas —opinó Juliet.
—Si, tienes razón, su estruendo rompe el silencio del campo.
—No sólo el silencio —añadió ella—, la paz y la estabilidad de los pequeños animales que habitan en el bosque.
—Oye, ¿crees que lo del grito es cierto o sólo han venido a meter las narices aquí?

—No sé, me han parecido sinceros, aunque no muy de fiar.
—Olvidémoslo. Hoy iré al pueblo, ¿quieres acompañarme?
—Bueno, luego escribiré un poco.

Poco más tarde subían al jeep «Commander» blanco y azul que conducía Juliet.

La distancia a recorrer no era muy larga, pero en algunos tramos el camino era malo debido a las bajadas de aguas de las lluvias que habían erosionado el terreno removido

en la planificación de aquella urbanización que no había salido adelante.
—Esta urbanización abandonada irá de perlas a esos muchachos de las motos —opinó Damien.
—No me gustan.
—No te preocupes, estarán cuatro o cinco días y luego se irán.
—Eso espero, van a llenar de estruendo estos parajes.
—Raramente solitarios... ¿Por qué crees tú que no se vendieron las parcelas y no se construyeron más chalets?
—No lo sé, pero has de admitir que es el lugar más tranquilo y barato que hemos encontrado.
—Sí, es ideal para lo que queremos nosotros. Tiene electricidad, no. hay teléfono y el agua es de un buen pozo.
—Quizá estos lugares no han sido promocionados y como la gente del pueblo ya tiene su vivienda... Además, ya sabes que la juventud deserta de los pueblos.
Entraron en el pequeño pueblo y pasaron por delante de lo que antiguamente fuera una caballeriza. Allí colgaba el rótulo de plancha de hierro que se veía oxidado y nadie se preocupaba de pintarlo.
Frente a la puerta estaban las motocicletas de trial y los dos jóvenes que al verles, se miraron el uno al otro.
Se detuvieron frente a una casa estrecha, como comprimida entre sus dos vecinas.
Juliet detuvo el motor del jeep y se apeó, por la otra puerta descendió Damien impidiendo que ella tuviera que ayudarle a sostenerse con las muletas.
—Deja, ya puedo yo.
—Disculpa, sólo pretendía ayudarte.
—Cuánto más me ayudes, más tardare en recuperarme.
—Como quieras.

Juliet iba a llamar a la puerta pero se encontró con que ésta cedía. Miaaauuuuu...
Ante ellas, mirándoles con ojos muy luminosos, había un gato que debía ser un extraño cruce de gato pardo, siamés y angora. No podía decirse que tuviera una raza definida pero era grande, muy grande.
Aunque todas las caras de los gatos parecieran iguales, a Juliet no le gustó la de aquel felino que mostraba sus finísimos incisivos.
—¡Madame Bouclier, madame Bouclier! —llamó sin estridencias.
Damien entró con sus muletas en aquella casa donde las ventanas no estaban cerradas por completo pero lo precian. Olía a humedad y a orín humano.
A Damien no le pareció nada agradable aquel lugar.
—Huele a «pis» de gato, ¿verdad? —susurró Juliet.

—Sí y también de persona.
—¿Quién anda por ahí?
Por una puerta del fondo de la estancia principal de la casa apareció una mujer muy anciana que al caminar, más que apoyarse en las paredes, semejaba tantearlas.
Miaaauuuu...

El gato fue hacia ella pasando por entre sus piernas y dando la vuelta para volver a mirar a los que debía considerar como a unos intrusos.
—¿Madame Bouclier?
—Sí, soy yo. ¿Quién eres tú. hija?
—Juliet Lemoix.
—Siéntate, siéntate.
Juliet miró a Damien. Se dio cuenta de que si aquella mujer veía luz con sus ojos, ya era mucho, porque no conseguía distinguir a las personas, debía ser una ceguera senil.
—He venido con mi esposo, madame Bouclier.
—Pues, sentaos, sentaos los dos. Hay sillas, ¿verdad?
—Si, sí, madame.
—Es que la cabeza se me va. Son tantos años que ni me acuerdo de los que tengo. Miaaauuu, insistía el felino, sin perder de vista a los visitantes, con una actitud más propia de un perro que de un cato.
—Madame Bouclier —prosiguió Juliet sentándose mientras Damien prefería apoyar su espalda contra la pared.
—¿Tú eres de! pueblo, hijita?
—No, no, madame. ¿Se acuerda de Joana?
—¿Joana?
—Sí, su prima Joana.
—¿Mi prima Joana? Ah, si, la hija de los pies planos. Sí, sí me acuerdo, murió hace años, eso me dijeron. Murió lejos de aquí, no pude ir a su entierro. Soy muy vieja, dicen por ahí que tengo cien años. La verdad es que se me va la cabeza y ya no recuerdo los que tengo. Si no me ayudaran los vecinos, me moriría sola, sin comer, tengo muchos años.
¿Cómo, cómo has dicho que te llamas?
—Juliet.
—Ah, sí, Juliet —dijo, hablando muy despacio, como si le costara encontrar cada palabra—. ¿Conocías a mi prima Joana?
—Si, yo soy nieta de Joana.
—¿Nieta de quién? —aguzó el oído.
—Nieta de Joana —repitió paciente.
—Ah, qué alegría, creí que ya no me quedaba familia. Tú eres casi como mi nieta, soy tu tía-abuela, ¿no es eso?
—Si, eso será, usted es mi tía abuela.
—Qué alegría... ¿Cómo has dicho que te llamas? La cabeza se me va, deben ser los años, son tantos que ya ni me acuerdo. Los vecinos son muy buenos conmigo, ¿sabes? ¿Y cómo, cómo está mi prima Joana?
—Murió.

—Ah, sí, qué tonta soy, ya ves qué cabeza, a los viejos se nos van las ideas. ¿Por qué habremos de vivir tanto? Hay días que hasta me olvido de comer y no me muero, será porque no lo necesito.

—¿Vive sola, madame Bouclier?

—¿Sola? No, vivo con «Lucifer».

Juliet miró al gato y se encontró con su mirada, una mirada que le pareció

malignamente inteligente.

—¿«Lucifer» es el gato?

—Sí, claro. Hace más de treinta años que vino a esta casa a hacerme compañía. Es muy bueno, gracias a «Lucifer» no tengo ratones en casa, yo creo que espanta hasta a los ladrones. —Se rió con voz cascada—. Qué cosas digo... ¿Qué iban a encontrar los ladrones en mi casa, si no hay nada?

—Los gatos no viven tanto tiempo, a lo sumo quince años.

—«Lucifer» no se muere. Hace más de treinta años que está conmigo, de eso sí me acuerdo porque me hace mucha compañía.

—¿Y cuando vino el gato veía usted como ahora?

—Ay, hija, me puse a morir, me dieron la extremaunción, de eso hace ya tantos años que ni me acuerdo, ya sabes, a los viejos se nos va la cabeza, pero me recuperé. Casi no veía, luego vino «Lucifer», es un gato cariñoso que me hace mucha compañía. ¿Verdad, «Lucifer»?

—Miaaauuu —respondió el animal, como si supiera muy bien que hablaban de él.

Juliet miró a Damien como encogiéndose de hombros y él hizo lo mismo; en cierto modo, le daba a entender que no llevara la contraria a aquella anciana que debía ser casi centenaria.

—Sabia que usted vivía aquí y me dije que debía pasar a visitarla.

—¿Visitarme a mí? Gracias, hija, gracias, cuando se es viejo se vive tan solo, si no fuera por «Lucifer»... —cambió el tono y pasó a preguntar—: ¿Has venido a vivir al pueblo? Dicen que se vive tan mal ahora en la ciudad... ¿Hay peste? Qué mala es la peste, salen las ratas... Yo no les temo porque tengo a «Lucifer». ¿Verdad que es bonito mi gato, hija?

—Si, muy bonito.

Miaaauuuu..

—Mi marido y yo estamos en un chalet, sólo por unas pocas semanas.

—Ah, pero, ¿te has casado, hija?

—Si, sí, ya le he dicho que mi marido está aquí.

—Ah, claro, como no le veo. No dice nada, ¿que es muy tímido?

—Si, un poco —sonrió Juliet—. Verá, estamos en un chalet que hay junto al cementerio, se lo digo por si le hace falta algo.

—¿El chalet de los muertos?

—¿Chalet de los muertos? No, un chalet que está junto al cementerio.

—Sí, sí, ya te he oído, hija, el chalet que está junto al cementerio. Es el chalet de los muertos, no va nadie por allá. Bueno, sí van, la dueña lo alquila a veces a forasteros que no saben que es el chalet de los muertos. Cuando se enteran, se van. No te acerques por allí, hija, trae mala suerte.
—No es que no me vaya a acercar, es que vivimos en él.
—¿Que vivís en el chalet de los muertos? —repitió, asombrada.
—Sí, durante unas pocas semanas, luego volveremos a la ciudad.
—Qué horror, hija. ¿Y no pasáis miedo?
—No, ¿por qué?
—Porque es el chalet de los muertos, todo el mundo lo sabe —repitió en voz baja, como

temiendo ser oída.
—¿Y por qué le llaman el chalet de los muertos?
—Pues, porque allí aparecieron muertos. Fue hace años, muchos años, se murió un albañil y luego, murió el dueño de la casa. Después lo alquilaron y murió alguien más, no recuerdo. Ya sabes, hija, a los viejos se nos va la cabeza. Si no fuera por «Lucifer», qué sola estaría.
Miaaauuuuu...

CAPITULO IV

Mary y Veronique eran dos muchachas que a si mismas se tildaban de muy modernas. Ambas eran hermanas de Armand, el joven que compartía la tienda de campaña con Paul. Mary y Veronique se llevaban tres años. Armand estaba en medio de ambas por edad; sin embargo, no se acusaba esta pequeña diferencia entre los hermanos, quizá porque Veronique, la menor, tenía un aspecto más adusto, más hecho.

Era igual de alta que su hermana, pero pesaría un par de kilos más. Poseía una espesa cabellera negra que la hacía más mujerona que su hermana Mary, cuyo cabello era de color castaño claro. Las dos lo llevaban largo, apenas sin cepillar: sin embargo, tenían un indudable atractivo.

Eran jóvenes y usaban ropas ajustadas, especialmente los pantalones que marcaban muy bien sus curvas anatómicas.

Armand, que no era un muchacho espectacularmente varonil, llevaba también los jeans muy ajustados, tanto como sus hermanas y su melena llamaba la atención. Tenía mucho cabello y muy rizado, rizos diminutos que a escasa distancia no lo parecían.

Era una gran masa, como un enorme sombrero, pero lo más espectacular es que lo llevaba teñido con el color manchado del leopardo. No pocas veces, visto de espaldas, había sido tomado por una chica y precisamente una chica de aspecto muy llamativo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Mary.

—Han ido a buscar gasolina —contestó Armand que, en contraste con su aspecto físico, tenía una voz muy grave.

—¿Todos? —preguntó Veronique.

—No. Bewnoit está en su tienda, se ha puesto malo.

—¿Malo, qué le pasa? —preguntó Mary. Veronique rezongó:

—Puede que tenga sus días malos.

—No sé —dijo Armand—, a lo peor le sentó mal la cena.

—¿Es grave? —insistió Mary.

—No. no es grave —replicó Armand—, pero está pálido, ya le he dicho que se tome un «Submarino», seguro que se repondría.

—¿Habéis traído cerveza y ginebra? —preguntó Veronique.

—Hermanita, no pienses en beber ahora, es muy temprano.

—Hace frío —se quejó la muchacha.

—La verdad es que no sé a qué hemos venido a este lugar tan solitario y tan frió. ¿Qué tiene de especial para que nos pasemos unos días de acampada?
—Es un sitio como cualquier otro, aquí las motos pueden hacer rummm-rummm- rummm todo lo que quieran, sin problemas.
—Si nos hemos de pelar de frío —se quejó Veronique.
—Pues cuando nos cansemos, nos largamos —dijo sencillamente Armand. Mary le dijo:
—Si a ti no te acaban de gustar esas motos...
—Bueno, pero ellos me caen bien, lo mismo que a vosotras, si no no habríais venido.

Formamos una panda, ¿no es cierto?
Veronique suspiró.
—Eh, mirad —señaló Mary.
No lejos, en uno de los caminos que hacía tiempo pudieron ser aptos para pequeños vehículos pero por los que ya no parecía transitar nadie y donde esperaban hacer prácticas de trial aquel grupo de jóvenes, había una niña que, subida en su bicicleta, acababa de detenerse.
Tenía el cabello oscuro y muy largo. Llevaba gafas y se veía delicada y muy femenina. En la bicicleta, dentro del cestillo metálico y bien sujeto, llevaba un walki-talky con la antena extendida.
—Hola, chica —la saludó Mary que, como la mayor de los tres hermanos, tenía más habilidad fiara conectar con el prójimo.
—Hola —respondió la niña a cierta distancia, sin moverse, con un pie en el pedal y otro en el suelo.
—¿Eres del pueblo? —preguntó Veronique. Se aburría y pensó que podía hacer preguntas sobre aquel lugar.
—No, no soy de aquí, paso una temporada en este sitio.
—¿Cómo te llamas? —le preguntó Mary.
—Violeta.
—Qué nombre más bonito —opinó Mary.
—¿Y vosotros?
—Mary —dijo la rubia.
—Veronique —respondió la morena.
—¿Y el del pelo raro?
—¿Pelo raro? —gruñó Armand con su voz marcadamente grave—. ¿Qué tiene de raro mi pelo?
—Vamos. Armand, que sí que te lo has teñido raro, lo llevas más espectacular que una zorra de Pigalle —le dijo Mary.
—Es mi pelo y con él hago lo que me da la gana.
—Bueno, me voy —dijo Violeta.
No trataron de retenerla. La chica, que tendría unos doce o trece años, pedaleó con elegancia y se alejó con su bicicleta por el camino de tierra.
En aquel momento apareció Benoit, estremeciéndose dentro de su cazadora de cuero negro.
—¿Con quién hablabais? —preguntó.
—Con una chica —respondió Armand. Mary añadió:

—Se llama Violeta.
—Y llevaba un aparato radio commander con la antena extendida —explicó Veronique. A Benoit se le agrandaron los ojos.
—¿Un radio commander y una chica? ¿Cuántos años tendría?
—No sé, doce o trece —masculló Armand—. ¿Qué importa eso?
Se tocó el cabello que por su colorido recordaba la manchada piel de un leopardo.
—Entonces, puede ser ella —exclamó Benoit.

—¿Ella, qué quieres decir con ella? —inquirió Mary.
—Por la noche, después de conectar con un hombre que está en un chalet de por aquí cerca, oímos una voz de mujer que parecía muy lúgubre y no sé qué puñetas nos quería decir.
—Esa niña no tiene voz de mujer lúgubre —se rió Veronique.
—Le daré un poco de mi voz —dijo Armand—, veréis como se le hace más ronca. Benoit protestó:
—Déjate de idioteces, Armand. Nos quisieron gastar una broma.
—¿Y qué? —preguntó Mary—. ¿Tan malo es que quisieran embromaros por el radio commander? ¿Tú no gastas bromas cuando te apetece?
—Sí, pero es distinto.
—¿Por qué? ¿Es que las bromas son diferentes cuando las gastas tú que cuando te las gastan a ti? —le dijo Veronique, casi dominándolo.
—Si, pero ¿y el muerto, y el grito?
—¿Muerto, grito...? ¿Qué dices tú ahora, qué te enrollas? —masculló Armand—. ¿Has tenido pesadillas? Me parece que lo que necesitas con urgencia es una purga.
—Armand, si no fuera porque tus hermanas me caen bien, te convertía en el chato del grupo.
—Un momento, Benoit —atajó Mary—. ¿De que muerto has hablado?
—Nada, nada, seguramente será un mal sueño... —Como ya se escuchaba el ruido de las motocicletas, exclamó—: Ahí vienen los demás.
Efectivamente, Paul y Jean llegaban a bordo de sus respectivas máquinas. En el portabolsas, tras cada uno de ellos, llevaban sendos bidones de plástico de diez litros cada uno, repletos de gasolina.
Después de cortar el infernal estruendo, Paul señaló los bidones y dijo:
—No nos va a faltar el «biberón» para las motos.
Jean preguntó:
—¿Y Clement?
—Sigue durmiendo —le respondió Benoit.
—¿Todavía durmiendo? Está hecho un «drogata», habrá que limpiarle todas las pastillas que lleve por los bolsillos.
—¿Habéis visto a Luna Roja? —quiso saber Benoit.
—Sí —asintió Jean— y tiene una mujer que está para comérsela despacito, muy despacito.
—Mira el tipo este —replicó Veronique.
—Bueno, vosotras tampoco estáis mal.

—Cuidado. Jean, son mis hermanas.
—¿Qué os ha dicho Luna Roja? —insistió Benoit.
—Nada de particular: pero si él tiene un aparatito walki-talky y una mujer, ella podía haber sido la de la bromita.
—También ha estado por aquí una niña con su radio commander —dijo Armand. Mary añadió:
—Se llama Violeta, es fácil de reconocer, pelo muy largo, muy finita. Llevaba una bici roja y el radio commander listo para comunicarse.

—¿Con quién? —interrogó Benoit.
—No sé, a lo mejor lo lleva todo el día abierto esperando que alguna voz se meta por su antena para poderle responder. Quién sabe, a lo mejor se aburre.
—¿Y de noche? —pregunté Benoit.
—De noche estará durmiendo —opinó Mary.
—Bueno, ¿a qué jugamos aquí? —se quejó Veronique—. Yo no he venido a aburrirme, para eso ya me quedaba en Marsella.
—Hay que respirar aire puro —exclamó Jean—. Hinchad vuestros pulmones aspirando fuerte y así nosotros podremos ver qué espléndidas teticas tenéis. —Y soltó una carcajada.
—Mira que eres burro —le reprochó Veronique.
—¿Por qué no desayunamos? —preguntó Jean, sin hacer caso de lo que le decían.
—Sí, eso, que las chicas preparen el biberón —aplaudió Paul.
—Yo no sé hacer nada, soy una chica sexy —silabeó Veronique. Por su parte, Mary añadió:
—Pues yo soy una mujer-objeto, de modo que sois los hombres quienes prepararéis el biberón y los bocatas.
—¡Jo, qué tías!
—Que son mis hermanas —gruñó Armand.
—Bueno, haced lo que os dé la gana, yo voy a ver eso de la tumba del moro de la que habló Luna Roja.
Mary repitió:
—¿La tumba del moro?

Veronique exclamó:
—Qué emocionante. ¿Dónde está?
—Ahí detrás —les indicó Paul.
—¿Detrás? —preguntó Mary, dando la vuelta.
—Sí. son esas piedras, rocas o como queráis llamarlas.
—Pues, no se me había ocurrido que eso fuera una tumba —dijo Veronique. Paul se acercó al extraño grupo de piedras y observó:
—En su día fueron talladas, pero no son de primera calidad, algo calcáreas, por eso el tiempo las ha erosionado.
—Fijaos, tenemos un técnico en pedruscos —trato de burlarse Jean. Paul no le hizo mucho caso y

prosiguió:
—Son cinco grandes piedras, una mayor que las otras cuatro. Es la que está en el centro y diría que fue tallada en forma cilíndrica.
—Tío. ¿nos vas a dar una conferencia? —gruñó Jean.
Paul, sin inmutarse, continuó:
—Las otras cuatro, aunque no lo parezcan, pueden ser triángulos invertidos.
Mary, con las manos metidas en los bolsillos de sus blues-jeans. lo cual era un prodigio, pues los pantalones le iban tan estrechos que las puntas de las manos tenían que hundir se a presión en los bolsillos y siempre poniéndolas planas, lo que hacía que las puntas de los dedos se escondieran entre las ingles de la muchacha, peguntó:
—¿Por qué triángulos invertidos?

—Porque la parte superior es bastante recta. Bueno, al decir triángulos es hablando siempre en forma plana. Son conos toscos. Si desenterráramos uno de ellos, seguro que veríamos que la cúspide del cono se hunde en la tierra.
—Eso es fácil de averiguar —dijo Jean tosiendo jactanciosamente, dándose importancia para que se hicieran a un lado.
Cercó con sus dos brazos una de aquellas grandes piedras y comenzó a hacer presión, tratando de moverla.
Mary indicó:
—Mirad, se pone rojo.
Jean no podía decir nada, se estaba congestionando, la piedra parecía moverse. De pronto, Paul exclamó:
—¡Vamos, Benoit, ayudémosle!
—Dejadme solo —pidió Jean, apenas sin voz, pero no le dejaron.
Entre los tres jóvenes comenzaron a mover la piedra. Veronique inquirió:
—¿No sería mejor sacar la tierra de los lados con una pala?
No la escucharon y la gran piedra fue movida primero y sacada después de su emplazamiento hasta hacerla caer a un lado, dejando un hoyo en la tierra.
Los tres bufaban mientras Armand, el joven del pelo manchado como el pelaje de un leopardo, les observaba, entre escéptico y despreciativo.
—¿Y qué habéis ganado con esto? —preguntó. Paul, arrodillado junto a la piedra, exclamó triunfal:
—¿Lo veis? Es puntiaguda en su extremo inferior, era un cono con la cúspide clavada en el suelo.
—Y ahora, ¿qué hacemos con este pirulí de roca, nos lo comemos? —rezongó Jean, mirando a sus compañeros.
Paul se levantó y examinó la piedra central, la más importante.
—Esta no hace falta moverla —dijo—, es obviamente cilíndrica, lo mismo la parte que se introduce en la tierra que lo que sobresale.
—¿Y por qué es diferente? —preguntó Veronique.
—El cilindro es fálico. ¿No os habéis dado cuenta?
—Ya está el caliente hablando —dijo Mary.
—Bueno, piensa lo que quieras, pero en arquitectura simbólica el cilindro o cualquier cosa que se le parezca es un símbolo fálico, una expresión básica masculina.
—Sí, y el cono, la femenina —añadió Mary.
—Según como la mires —puntualizó Armand.
—Tiene razón, pero en la forma que están colocadas...
—¿Es que nos hemos vuelto idiotas o qué? —bramó de pronto

Jean, abriéndose dé brazos—. ¡Estamos aquí como unos arpólogos!
—Arpólogos, no, se dice arqueólogos —le rectificó Paul.
—¡Vete a la mierda!
—Bueno, no discutáis —terció Mary, conciliadora. Se volvió hacia su hermana y preguntó—: ¿Qué te parece si preparamos los biberones de los nenes?
—Qué remedio, si no tampoco lo vamos a tomar nosotras. Por mucha lucha feminista que hagamos, siempre terminamos igual, preparando los biberones a los nenes.

Paul se acercó al hoyo que había quedado tras arrancar la piedra cónica del suelo, aquella piedra erosionada por las inclemencias meteorológicas.

—¿Os habéis fijado lo mal que huele aquí? —comentó.

CAPITULO V

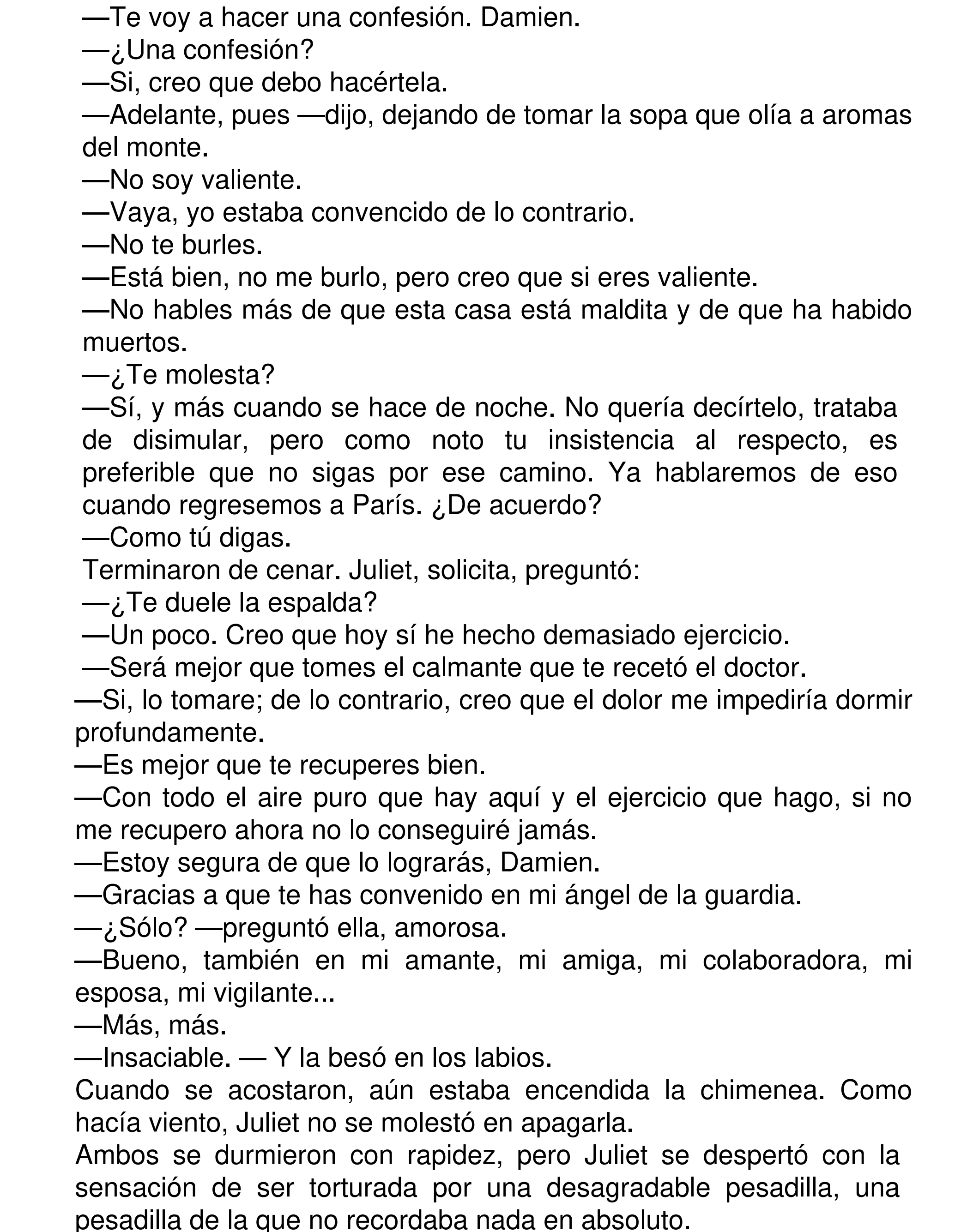
Damien, con la ayuda de las muletas, caminaba y caminaba alrededor del chalet en que vivía. Juliet se asomó a la ventana.
—¡Damien!
—¿Si?
—¡Ya has andado bastante por hoy!
—Cuanto más camine, más pronto me recuperaré. Un día de estos voy a meter las muletas en la chimenea y me dará gusto ver cómo se queman.
—Anda, no seas niño y ven.
—Buenas tardes.
Damien se volvió. Al otro lado de la pequeña y desconchada valla que nadie se preocupaba de remozar con unas manos de mortero, descubrió a la chica de la bicicleta.
—Hola.
—¿Tiene mucho daño?
—Bueno, creo que el mal ya se está pasando.
—Me llamo Violeta.
—Y yo, Damien. —Se fijó entonces en el radio commander que la niña llevaba sujeto a la bici, con la antena desplegada—. ¿Hablas con el walki-talky?
—No.
—¿Por qué lo llevas, entonces?
—Bueno, yo hablo, pero nadie me contesta.
—Yo te responderé.
—¿Usted?
—Sí, también tengo un aparatito de ésos.
—¡Qué bien! —Señaló el que llevaba en la bicicleta—. Este no es mío.
—¿Ah. no?
—No. es de una amiga mía que se llama Elvi, me lo ha prestado. Ella y yo nos comunicamos.
—¿No decías que no hablabas?
—Bueno, me refiero aparte de Elvi. Me voy, tengo que ir a comprar.
—Adiós, Violeta.
La chica se alejó con su bicicleta pintada en rojo.
—¿Quién era. Damien?
—Una niña que se llama Violeta y tiene un walki-talky.
—Bueno, ya tienes upa amiga más.
Pasó al interior de la casa. Damien no sentía el frío del exterior porque había tenido que realizar un gran esfuerzo caminando para reeducar su cuerpo tras el accidente de automóvil.
En la chimenea ardía la leña. Las lenguas de fuego eran ahora muy

estiradas y altas: al paso de las horas irían haciéndose más y más pequeñas pero la casa ya estaría bien caldeada.
—Qué estruendo el de esas motos —se lamentó Juliet, molesta.
—Si, han estado todo el día dando vueltas por el pinar.

—Y lo malo es que no se cansan.
—¿Crees en las maldiciones, Juliet?
—¿A qué viene eso ahora? —preguntó ella, algo sorprendida, mientras preparaba la mesa para la cena, una mesa redonda colocada no muy lejos de la chimenea para tomar el calor de ésta y contemplar la belleza eterna del fuego, la fascinación atávica de las llamas sobre el espíritu humano.
—¿No recuerdas lo que ha dicho tu tía abuela?
—La pobre está tan vieja... la verdad es que no había supuesto que fuera tanto.
—Tan vieja que, como ella dice, ni se acuerda de los artos que tiene y aunque se lo dijeran, al cabo de cinco minutos ya no lo recordaría.
—Sí, Cómo la edad de su gato «Lucifer».
—Un gato de aspecto maligno, ¿no te parece?
—La verdad es que no me cae simpático y me parece demasiado grande para ser un gato vulgar.
—A mí ese gato no me parece nada vulgar.
—Tu tía abuela...
—Mejor llámala madame Bouclier. En realidad, era prima segunda de mi abuela. Es muy difícil pensar que yo lleve su sangre.
—Sí, pero eso que ha dicho de que esta es la casa de los muertos...
Damien había dejado las muletas apoyadas contra la mesa al sentarse y las dos cayeron bruscamente al suelo, provocando un ruido inesperado que hizo volverse a Juliet.
—¿Qué pasa?
—Disculpa, se han caído.
—Espera, ya te las recogeré yo.
—No, no hace falta —dijo él.
Sus manos se encontraron, también sus labios. Se besaron. Cuando se separaron, los ojos femeninos despedían calor.
—Fuego en la sangre todavía lo tienes.
—¿Todavía? —preguntó él—. Esta pesadilla de las muletas pasará pronto.
—Con los esfuerzos que haces por recuperarte, seguro.
Empezaron a cenar. El saloncito estaba caldeado y resultaba agradable.
—¿Crees que no se han vendido estas parcelas por eso de los muertos?
—Te pones un poco pesado con los muertos, Damien.
—Bueno, ya conoces mi afición por lo misterioso.
—Sí, ya te imagino escribiendo un cuento de terror. La verdad es que madame Bouclier debía referirse al cementerio, allí sí hay muchos muertos, todos los que quieras.

—¿Allí? —se rió de pronto Damien.
—¿De qué te ríes?
—Los tenemos tan cerca que podemos decir «aquí»
—No sabía que te molestara tanto. Si lo llego a saber...
—No, si no me molesta. Es un placer ver la verja y los Cipreses cuando estoy en el jardín. Cada cual detrás de su valla.
—Los muertos no molestan.
—Eres una mujer valiente, pero parece que la gente del pueblo no tiene tu mismo

espíritu.
—¿Y la niña?
—¿Violeta?
—Sí.
—Quién sabe, a lo mejor no es de aquí.
Juliet alargó su mano, posándola sobre la del hombre.



—Te voy a hacer una confesión. Damien.
—¿Una confesión?
—Si, creo que debo hacértela.
—Adelante, pues —dijo, dejando de tomar la sopa que olía a aromas del monte.
—No soy valiente.
—Vaya, yo estaba convencido de lo contrario.
—No te burles.
—Está bien, no me burlo, pero creo que si eres valiente.
—No hables más de que esta casa está maldita y de que ha habido muertos.
—¿Te molesta?
—Sí, y más cuando se hace de noche. No quería decírtelo, trataba de disimular, pero como noto tu insistencia al respecto, es preferible que no sigas por ese camino. Ya hablaremos de eso cuando regresemos a París. ¿De acuerdo?
—Como tú digas.
Terminaron de cenar. Juliet, solicita, preguntó:
—¿Te duele la espalda?
—Un poco. Creo que hoy sí he hecho demasiado ejercicio.
—Será mejor que tomes el calmante que te recetó el doctor.
—Si, lo tomare; de lo contrario, creo que el dolor me impediría dormir profundamente.
—Es mejor que te recuperes bien.
—Con todo el aire puro que hay aquí y el ejercicio que hago, si no me recupero ahora no lo conseguiré jamás.
—Estoy segura de que lo lograrás, Damien.
—Gracias a que te has convenido en mi ángel de la guardia.
—¿Sólo? —preguntó ella, amorosa.
—Bueno, también en mi amante, mi amiga, mi colaboradora, mi esposa, mi vigilante...
—Más, más.
—Insaciable. — Y la besó en los labios.
Cuando se acostaron, aún estaba encendida la chimenea. Como hacía viento, Juliet no se molestó en apagarla.
Ambos se durmieron con rapidez, pero Juliet se despertó con la sensación de ser torturada por una desagradable pesadilla, una pesadilla de la que no recordaba nada en absoluto.

La habitación estaba oscura. Damien dormía profundamente a su lado. Oyó unos ruidos que la alertaron y se calzó las chinelas y se puso la bata. Despacio, tanteando, se acercó a la puerta de la alcoba.

Los ruidos semejaban raspaduras, como si hubiera algo o alguien.

Encendió la luz de la escalera, era una lámpara pequeña pero más que suficiente.

Asomada a la barandilla, trató de ver sin conseguirlo.
Descendió, mirando en torno. Pensó que el ruido podía provenir del exterior.
Pegó la oreja a la madera como tratando de oír si por el jardín caminaba alguien, lo que no le hubiera extrañado estando los jóvenes marselleses acampados en el pinar.
De pronto, oyó el ruido, como un roce fuerte. Se volvió y lo descubrió delante de la chimenea, como saliendo de entre los rescoldos.
—
¡«Lucifer»!

Miaaauuuuu...

CAPITULO VI

—Aquí Jota-Jota llamando a Luna Roja, avanti.

Benoit aguardó después de haber hablado por su emisor. —Luna Roja escucha a Jota Jota, cambio.

La voz femenina había entrado con fuerza en el aparato que tenia las pilas nuevas. Clement dormía y Jean gruñó:

—Si quieres dar la lata con ese chisme, vete afuera. Benoit. que aún no se había desvestido para meterse en su saco de dormir, salió al exterior estirando la antena.

—Aquí Luna Roja llamando a Jota-Jota, escucho. Cambio.

—Oye. tú no eres Luna Roja, avanti —respondió Benoit. —Yo soy Luna Roja, cambio.

—Tú eres Violeta, la niña de la bici. Avanti.

—¿Niña? Cambio.

—De acuerdo, adolescente, o lo que quieras. Avanti. —Correcto, cambio.

—Mira. Violeta. Luna Roja es el hombre del chalet que está junto al cementerio.

—El no es Luna Roja. Luna Roja soy yo. cambio. —Está bien, si te empeñas. Por cierto, mañana hay luna llena, ¿no? Avanti.

—No lo sé, cambio.

—¿Te imaginas que sea una luna roja? Avanti.

—La luna roja es luna de sangre, ¿no? Cambio.

—Si, eso dicen. No salgas de casa porque es noche de vampiros, de brujas y de demonios, avanti.

—Yo no tengo miedo. ¿Y vosotros que estáis en las tiendas de campaña que se pueden rasgar con las uñas? Cambio.

—Oye, guapa, quien ha de darte miedo soy yo a ti y no tú a mi, avanti.

—Me ha dicho la carnicera del pueblo a la que compro los huesos para mi perro que se llama «Chipper» que por ahí donde estáis vosotros hay demonios sueltos que matan. Cambio.

—Uy, qué miedo. ¿Y dices que la carnicera se llama «Chipper»? Avanti.

—No, «Chipper» es mi perro, la carnicera no se cómo se llama, cambio.

—¿Y qué hace la carnicera, vender los muertos a cachi tos? Avanti.

—¿Qué dices? Cambio.

—Luna Roja Violeta, será mejor que cierres el aparato y duermas. Quiero hablar con Luna Roja del chalet, Q.R.T.

—Buenas noches y cuidado con los muertos, Q.R.T.

Benoit dudó entre si regresar al interior de la tienda y dormir o

intentar comunicar de nuevo con Damien cuando, de repente, apareció Clement a su lado.
—Hombre, si estás despierto —le dijo, muy expresivo.
—¿Qué haces aquí afuera? —le preguntó Clement, bostezando.
—Mirar la luna.
—Vaya... ¿Eres un lunático?
—¿Y tú?
—Yo, no, yo voy a mear.

Clement se alejó hacia el grupo de piedras.
Cuando llegó a la altura del hoyo que había quedado abierto al sacar la piedra cónica, buscó con sus ojos afectados por el exceso de pastillas un lugar apropiado.
La luna apareció por encima de los copudos pinos mediterráneos, y, de repente, dentro del hoyo descubrió una cabeza humana. No había duda, la luna la iluminó. Era una ca- beza esquelética, horrible.
Clement, falto de energías, con un cuerpo ya afectado por los hipnóticos, no reaccionó rápido. Sus ojos parpadearon cuando del mismo hoyo emergieren rápidas, como dos serpientes atacando, sendas manos descarnadas que le atraparon por los tobillos.
—¡Aaaaagg!
Benoit, que se paseaba por entre las motocicletas cubiertas por la lona, se revolvió con el walki-talky en la mano en actitud de escucha.
—¿Clement?
No hubo respuesta.
No se oía ni el canto de las lechuzas ni el viento filtrándose entre las finísimas hojas de los pinos. La quietud era total, absoluta.
La luna iluminaba el lugar con una luz que semejaba helada, una luna que era casi plenilunio y que permitía leer el periódico.
—¡Clement!
Siguió sin obtener respuesta.
Benoit anduvo en la dirección en la que se marchara Clement, allá estaban las piedras de lo que llamaban la tumba del moro.
—¡Clement!
Miró en todas direcciones sin acercarse al hoyo dejado por la pesada piedra cónica al ser apartada del lugar donde había permanecido durante tiempo, siglos enteros, quizá más de un milenio.
—¡Clement!
No lo vio por parte alguna. Sus pasos estuvieron muy cerca de llevarle al hoyo, pero retrocedió hacia las tiendas. Entró en la que él debía ocupar.
—
¿Clement?

Jean
masculló:
—¿Qué diablos pasa ahora?
—Clement ha salido y no ha vuelto.
—Ya vendrá, a lo peor va estreñido.
—No sé, es muy raro... ¿Tú no has oído un grito?

De pronto, por el walki-talky pudo oírse una lúgubre voz de mujer que semejaba hablar desde muy lejos. Hablaba en forma muy pausada, pero aquella voz no tranquilizaba, pro- ducía un estremecimiento en el espinazo, se incrustaba en la noche misma y parecía tener mucho que ver con la gelidez de la luna.

—Venid, venid, os esperamos, venid, venid.

CAPITULO VII

—Se habrá marchado —opinó Armand que no quería buscarse complicaciones.
—¿Adónde? —preguntó Benoit.
—No lo sé.
Armand se encogió de hombros al tiempo que agitaba hacia adelante aquella enorme cabellera de leopardo que tanto llamaba la atención y que se había teñido en un reciente viaje a Londres.
—No ha podido irse porque su moto está aquí —indicó Veronique.
—Hay que buscarle —insistió Benoit.
—Debió meterse en algún agujero sin darse cuenta —observó Jean—. Siempre va dormido.
—Separémonos —propuso Paul—. Batiremos la zona hasta el final del pinar. Si está entre las matas, lo encontraremos. No sería nada extraño que se hubiera quedado dormido en algún lugar, toma demasiadas pastillas.
—Si no lo encontramos, avisaremos a la policía —propuso Mary.
—¿A la policía? —repitió Jean—. Ni soñarlo.
—¿Por qué no? —preguntó Mary.
—Pues, porque...
—Cierra la boca, Jean —le cortó Paul.
—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó Mary, intrigada.
—Nada, nada.
—No habréis traído droga en las bolsas, ¿verdad? —inquirió Mary.
—¿Droga? El «drogata» es Clement, precisamente; si la policía trajera un perro rastreador de drogas, lo encontraría en seguida.
—Bueno, a mí no me metáis nada raro en la comida —advirtió Mary.
—No te preocupes —le dijo Armand— yo vigilo.
—Cuidado, que el hermanito nos asusta —se burló Jean.
—Dejaos de tonterías y busquemos a Clement. Quizá esté muerto de frío, esta mañana ha helado. ¡Qué estupidez venir a acampar aquí con este tiempo, ni que fuera verano!
—En verano no se cabe en ninguna parte —gruñó Jean.
Se separaron y comenzaron a rastrear el pinar; buscaron entre los hoyos, detrás de los matorrales. Clement no aparecía por parte alguna y así llegaron hasta el final del pinar, desesperanzados.
—¿Dónde se habrá metido el condenado Clement? —gruñó Jean —. Siempre haciendo el idiota y nosotros perdiendo el tiempo.
—A lo peor, sonámbulo, se ha ido al pueblo —opinó Mary.
—Pues iremos al pueblo y preguntaremos si han visto a un tipo con mirada perdida como si fuera un fantasma —dijo Jean.

—Quién sabe si está en el cementerio.
—¿En el cementerio? —repitió Veronique. extrañada.
—Sí, Clement se había metido algunas veces en los cementerios.
—¿Y para qué? —insistió Veronique—. ¿Es un morboso?
—Busca huesos.

—¿Humanos? —inquirió ahora Mary.
—Si.
—¿Es un fetichista?
—No exactamente o si lo es, no lo sé. El coge los huesos, los pulveriza y no sé qué mierda más les hace, pero dice que se transforman en drogas afrodisíacas.
—Esté peor que una cabra —opinó Veronique.
—Lo que queráis, pero él lo hacía.
—Dices «hacía» como si estuviera muerto —gruñó Armand.
—Qué asco —opinó Mary.
—Bueno, dejémonos de tonterías. Podemos acercamos al cementerio por si anda por ahí violando tumbas.
—¿Violando tumbas? Eso me hace gracia —dijo Veronique riendo de pronto—. Si lo encontramos allí, vamos a llamarle Clement el necrófilo.
—¿El ne... qué? —preguntó Jean.
—Anda y vete a vender chorizos con tu padre —le replicó Armand hundiendo las manos en los bolsillos de su tejano.
—¿Chorizos con mi padre? Pues, que más quisieras tú que tener una choricería como mi familia. Tengo la mejor máquina de todos, la más cara y unos francos en el bolsillo para irme con la puta que más me guste.
—No seas grosero —le replicó Mary.
—¿Y a vosotras qué os gusta? Yo
os lo compro. Veronique preguntó:
—¿A cambio de qué?
—Pues ya os podéis imaginar...
—Deja a mis hermanas tranquilas -intervino Armand encarándose con Jean que se echó a reír, despectivo.
—Eh, si no son vírgenes, que todos lo sabemos.
—Bueno, eso no quiere decir que nos acostemos con todos —le puntualizó Mary.
—Con todos, no, pero yo... ¿Dónde vais a encontrar un tipo tan fuerte como yo?
—El Luna Roja —contestó Paul.
—¿Luna Roja? —rezongó Jean, entre escéptico y despectivo.
—¿Luna Roja? —preguntaron Mary y Veronique casi al mismo tiempo, interesadas.
—Es el tipo que vive en el chalet que hay frente al cementerio —explicó Paul—. Lleva un poco de barba, tiene ojos de mirada profunda y si lo hubierais visto hacer espaldera con pesas... Es un tipo fuerte y al mismo tiempo parece un intelectual.
—Caramba, Paul —exclamó Jean, molesto—. No sabía que te hubieras vuelto marica.

—No digas idioteces. Si alguien se ha acostado con Veronique he sido yo y no tú.
—Por favor, Paul —protestó la muchacha morena.
Armand torció el gesto mirando a su hermana, pero luego optó por encogerse de hombros sin decir nada.
—De modo que con este marica sí y conmigo no, ¿eh? ¿Y quién se come el jamón que yo traigo?
—Hablemos de otra cosa —pidió Veronique. Mary, mirando a Paul, preguntó:

—¿Tan fenómeno está el tío?
—Si, pero no te hagas ilusiones, hay una tipa con él que está de miedo.
—Desnudas estamos todas ¡guales —opinó Veronique, despectiva.
—No será tanto —replicó Jean, pasando a la ofensiva irónica—. Antes habría que verte bien...
—Si estás esperando que me desnude, vas listo.
Mary prolongó su mirada a lo lejos, como si tratara de ver a través del pinar. Casi de inmediato, propuso:.
—Vamos al cementerio por si Clement anda por ahí. Tenemos que encontrarlo. Si no se ha llevado la moto es que le ha ocurrido algo.
—Está bien, vamos, luego podemos pasar por el pueblo. La verdad es que a mí también me está cargando este lugar. La próxima ocasión alquilaremos un apartamento, es más cómodo que eso de dormir en tiendas de campaña.
—Tú que eres carnicero podrías comprar una roulotte grande y cabríamos todos — propuso Armand.
—Si tengo el privilegio de dormir con tus hermanitas al mismo tiempo, seguro que lo consigo.
—No seas tan bocazas. Mucho hablar y luego, te desinflarías —le replicó Veronique.
—Eso habría que verlo, pero antes de pedirle a mis padres que me compren la roulotte, necesitarla comprobar si la situación me interesa.
—Te estás poniendo muy pesado, Jean —le dijo Veronique apartando la mano del joven que se había posado sobró su redondeada nalga.
—¡Deja a mi hermana! —exigió Armand, molesto.
Jean, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le soltó un puñetazo que dejó a Armand tendido en el suelo.
—¡Bruto! —espetó Veronique mientras Mary iba en ayuda de Armand que sangraba por la nariz.
—No es para tanto, sólo se quedará un poco más chato. A este paso si que va a parecer un gato chato.
Armand se secó la sangre de la nariz mientras sus ojos fulguraban mirando a quien acababa de tumbarle de un solo puñetazo.
—Te juro que me las pagarás.
—¿Ah, sí, cómo? —preguntó con un tono de perdonavidas.
—Ya lo sabrás en su momento.
—Como me hagas una trastada a traición, porque cara a cara eres una mierda y sólo vales porque están tus hermanas cerca, te prometo que te sacudo hasta que no te quede ni un piojo en ese sombrero de furcia que llevas sobre la cabeza.
—¿Ya está bien! —cortó Benoit—. ¿Es que vamos a peleamos entre


nosotros?

CAPITULO VIII

—¿Cómo le sientes, Damien?
Se volvió ligeramente hacia Julie!. La amaba, lo sentía a cada instante, cuando la oía, cuando la veía, cuando notaba el perfume de su piel.
—Mejor, mucho mejor.
—¿De veras?
—Sí, creo que conseguiré hacer una carrera pedestre antes de lo que imaginas. —La rodeó por encima de las nalgas y, amoroso, le dijo—: Esta noche, prepárate.
—¿Qué quieres decir. Damien? —runruneó ella, sonriente.
—Que me siento mejor.
—Ya, ya. Por cierto, ¿qué estás mirando?
—A esos sujetos de las motos.
—¿Andan por ahí? No he oído sus infernales máquinas.
—Han venido sin las motas y se han metido en el cementerio.
—¿En el cementerio?
—Sí, están dentro.
—¿Y qué hacen?
—No lo sé, buscan algo. Las chicas se han quedado en la puerta.
—No serán profanadores de tumbas, ¿verdad?
—No sé, pero ellos no parecen tener pesadillas tomo tú.
—No fue una pesadilla. Damien, no lo fue. Lo vi, estoy segura de que lo vi.
—Si la casa estaba cerrada por la noche, ¿cómo pudo entrar ese extraño gato?
—No lo sé, pero yo lo vi, por eso grité.
—Y luego, se esfumó, lanzando un bufido infernal y dejando un insoportable olor a azufre luciferino.
—No te burles.
—Si no me burlo.
—Mira que esta noche me encierro en otra habitación —amenazó Juliet en tono ¡iónico.
—¿Me harías esa jugada?
—Quizá, quizá, quizá...
—Eso es una canción. ¿Sabes qué podemos hacer?
—Si no me lo dices...
—Compraremos un ratón.
—¿Y para qué?
—Si tenemos el ratón, sabremos si el gato «Lucifer» ha pasado por esta casa; supongo que se lo comerá.
—Siempre bromeando... —Juliet se alzó de puntillas ligeramente—.

¿Y qué harán esos dentro del cementerio? No se ve bien por el muro.
—A lo mejor les ha dado por jugar al gato y al ratón.
—Tú con tu idea del gato y el ratón.
—¿Sabes que esta noche es plenilunio?

—¿Plenilunio, seguro?
—Sí, es la gran noche de luna roja.
—Luna roja es luna de sangre.
—Quién sabe, hay ocasiones en que una luna llena toma el color rojo de la sangre. Dicen que en tales ocasiones, la luna es una luna maldita, el plenilunio apto parta los aquelarres, noches de brujas y gatos luciferinos.
—No me lo creo.
—Pues no te lo creas. Nosotros, con cerrar la ventana, no la veremos, aunque antes de que llegue la noche pienso dar un paseo.
—¿Por el pinar?
—Es posible, si no me atropellan los de las motos. Tengo tan mala suerte con los accidentes de circulación...
—Iré yo a tu lado con una banderita.
—Mira, ahora salen —señaló Damien.
—Parecen nerviosos —opinó Juliet.
Ambos observaban desde detrás de unas finas cortinas que les ocultaban a las miradas de cuantos estaban fuera de la casa.
—No parece que lleven nada en sus manos.
—Damien, no me dejarás nunca, ¿verdad?
Ella le había enlazado el cuello con sus manos. Damien la miró y parpadeó, interrogante.
—¿A qué viene eso ahora?
—No quería decírtelo.
—¿El qué?
—He tenido varias pesadillas.
—¿Sobre qué?
—Pues, algunas de ellas, de que me dejabas por otra mujer.
—¿Y era muy guapa? —inquirió divertido.
—¡Canalla!
—Sólo preguntaba. ¿Y qué hacía yo con ella...?
—No te diré nada más.
Juliet intentó apartarse de él, pero las manos fuertes del hombre le impidieron alejarse.
—No seas tonta.
—Déjame.
—Vamos, vamos, si al fin y al cabo no ha sido una orgía onírica mía.
—Ni que hubiera sido una orgía mía... Para mí han sido pesadillas.
—Eso quiere decir que la otra mujer era muy hermosa.
—Si te he de decir la verdad, no lo sé.
—Anda, de modo que ella ni aparecía...
—Era como una sombra alejándose. Bueno, en realidad eran cuatro.
—¿Cuatro mujeres?
—No me extraña de ti con lo polígamo que eres. Cuatro aún serían

pocas.

—Sigue, sigue. Con el tiempo que yo tengo para descansar aquí, las historias interesantes me apasionan.

—Y tú querrías pelos y señales, claro.
—Si fueras tan generosa...
—¡Te odio!
—Pues yo a ti, no. La verdad es que no te cambiaría por esas cuatro mujeres.
—Lo dices porque no las has visto.
—Eso también es cierto.
—Te arañaría los ojos.
—Encima eso. Voy con muletas y sólo me faltaría que me arañaras los ojos, ni que ese gato «Lucifer» te hubiera sugestionado. ¿Será celosa esa bestia?
—Dicen que todos los gatos son celosos y a lo peor tú no lo eres.
—¿Piensas que soy un gato?
—No me digas que no te importaría nada que me fuera con otro hombre.
—¿Para siempre?
—¿Lo preguntas en serio?
—Estás muy excitada hoy...
—Será el plenilunio. A lo peor, como tú has dicho, la luna llena de hoy será luna de sangre, luna roja como tú dices. Por cierto, ¿por qué te haces llamar Luna Roja?
—No lo sé. Me salió .espontáneo o quizá lo oí por antena. Es posible que los Lunas Rojas seamos varios.
—Es una forma de camuflarse, ¿no?
—La verdad, creí que con ese aparatito me podría comunicar con más gente, pero parece que no es así.
—Sirve para que nos comuniquemos tú y yo, para eso lo compramos. Si yo me voy con el coche y a ti te sucede algo o viceversa, nos llamamos mutuamente y asunto solucionado.
—Es cierto. Para comunicarse con más gente hace falta un emisor más potente.
—Tú te comunicas mejor con la publicidad creativa que haces y con tus escritos en las revistas.
—Cuando vea al gato «Lucifer», le haré una fotografía.
—¿Para qué?
—Cuando la tenga hecha, la retocaré un poco y haré un cartel espeluznante.
—¿Y para qué servirá? Si espeluzna, no le gustará a la gente.
—No creas, a veces gusta más. El público es sorprendente. Claro que el cliente debe ser de miras muy abiertas. Porque si pide lo convencional, es decir «mi producto es el mejor, cómprelo», no va a aceptarlo.
—Bueno, si veo al gato ya te avisaré. Claro que si lo quieres, con ir a la casa de madame Bouclier...

—Me gustaría más ir a la casa de alguien que supiera más de este chalet. ¿Sabes que me ha intrigado mucho eso de que lo llamen el chalet de los muertos?
—Tonterías, pudo ser un accidente.
—La anciana no opinaba lo mismo.
—Madame Bouclier está ya muy mal de la cabeza, no coordina.
—¿Por qué no preguntamos en otra parte? Es posible que ése sea el verdadero motivo de que la renta salga tan barata.

—Si le preguntas al casero, no te lo va a decir.

Juliet trató de escapar de Damien, aunque sin proponérselo demasiado en serio.

—No he debido confesarte mis pesadillas.

—Veamos, ¿por qué sueñas con cuatro siluetas de mujer?

—No lo sé. Antes no tenía esas pesadillas, las tengo desde que estoy aquí e ignoró los motivos.

—¿Siempre son cuatro?

—Si.

—¿Y se me llevan a mí?

—Si.

—¿Y desaparezco?

—Bueno, cuando tú te vas rodeado por ellas, grito, siento un ahogo y me despierto.

—A lo mejor son los espíritus de cuatro mujeres que vivieron en este lugar.

—La verdad es que no me siento a gusto aquí. Damien. Comprendo que es el mejor lugar para que te recuperes, pero no me siento bien. Hay algo que no sé qué es pero que me pone nerviosa y me produce pesadillas. Pesadillas que cada día se hacen más insoportables. No duermo bien y no quiero acabar tomando somníferos.

—Puedes regresar a París y me reuniré contigo cuando me encuentre un poco mejor.

Creo que en unas pocas semanas podré poner las maletas en la chimenea.

—¿Y dejarte solo aquí? No, no me pidas eso, sabes que no te dejaría con lo granuja que eres.

—¿Temes que aparezcan, las cuatro bellezas de tus pesadillas?

—Por favor. Damien, no las menciones, me da la impresión de que están malditas.

CAPITULO IX

El cielo se presentaba medio cubierto por nubes que se desgarraban para mostrar retazos azules.

Violeta había salido pedaleando en su bicicleta y llevando el radio-commander que en realidad no utilizaba a aquellas horas pero que le gustaba llevar *con* la antena extendida.

El perro, un border collie de manto negro, collar blanco, patas blancas y la punta de la cola también blanca, saltaba juguetón alrededor de la niña, corriendo más que la bicicleta, apareciendo y desapareciendo a derecha e izquierda del camino.

Era un juego continuo por parte de aquel animal que parecía darse cuenta de sus posibilidades de movimiento, superiores a los de la niña con su bicicleta que se veía obligada a rodar por un camino.

—¡«Chipper», no corras tanto!

El animal desapareció de la vista de la jovencita que, en realidad, iba en dirección al campamento de los motoristas y sus acompañantes.

—¡«Chipper»! —volvió a llamar, reduciendo distancias.

El perro comenzó a aullar de pronto, como si de un lobo se tratara.

Violeta, que sólo le había oído aullar de forma semejante en noches en que el amor quedaba lejos de su alcance por hallarse sujeto a una cadena, frenó la bicicleta y se puso atenta.

—¡«Chipper»!

El animal siguió aullando.

Se salió del camino, dejando la bici apoyada contra el tronco de un árbol y se enfrentó con el bosque.

—¡«Chipper»! ’

El perro seguía aullando, no muy lejos de donde ella estaba.

Tras rodear unos matorrales, lo encontró sentado y aullando junto a un lugar donde había tierra removida.

—«Chipper», ¿qué haces aquí. qué te pasa?

El animal movió su cabeza hacia la tierra removida.

—¿Qué pasa, hay algo ahí?

Como si el perro comprendiera, abandonó su postura de sentado y comenzó a escarbar con las patas en la tierra hasta descubrir algo que intrigó a la chica. Esta, acercándose, lo miró a través de sus gafas.

—¿Qué es eso. «Chipper»?

Violeta vio algo que la horripiló, algo que heló su sangre, algo que le impidió incluso moverse. Era el rostro de un cadáver, el rostro de un hombre joven que había muerto no hacía mucho.

La niña, horrorizada, dio media vuelta y echó a correr.
El perro, tras mirar el rostro exangüe que tenía los ojos abiertos y llenos de tierra, saltó, alejándose en pos de su ama que huyó tan despavorida que ni siquiera fue en busca de su bicicleta que quedó allí abandonada, sin que la chica ni su perro se preocuparan de ella.
El pinar semejaba ahora más sólo, más terriblemente solo que nunca.

El viento fue adquiriendo fuerza y fue como un lamento sordo entre las finísimas hojas de los copudos pinos.

* * *

—Buenos días, madame.
—Buenos días, doctor.
—¿Cómo sigue su esposo?
—Se recupera bien, es de una gran vitalidad.
—Magnifico. La verdad es que me han hablado de ustedes.
—¿De nosotros? —preguntó Juliet a aquel hombre ya mayor y parsimonioso en todos sus movimientos.
—Sí, madame Bennet me habló de ustedes.
—¿La dueña del chalet en que estamos?
—Ajá. También me han hablado de que es usted pariente lejana de la anciana madame Bouclier.
—Veo que las noticias corren rápidas en este lugar.
—No lo dude, madame. Es un pueblo pequeño del que la juventud ha emigrado, especialmente a París y Marsella, aunque algunos regresan con mentalidad verde.
—¿Ecologistas?
—Sí, madame, y eso es bueno. Redescubren la Naturaleza y con entusiasmo intentan recuperar lo perdido.
—Pues sí, madame Bouclier es una parienta lejana mía y fuimos a visitarla.
—Lo sé y eso es bueno. La juventud no es tan mala como dicen, me agradaría que viniesen a cenar esta noche a mi casa. —No sé si debemos.
—Ya lo creo que deben. No siempre se puede recibir la visita de gente instruida como ustedes. Yo he pasado mis años vitales lejos de aquí. Lyon. Marsella. París.
—¿Jubilado?
—Casi. Decidí dedicar los últimos años de mi profesión a mi pueblo que hasta ahora carecía de médico por su escaso número de habitantes, aunque ahora vienen más veraneantes.
—La verdad es que le hubiéramos ido a visitar, ya que mi marido está en periodo de recuperación.
—No duden en visitarme y si puedo recomendarle algo para los dolores, lo haré con mucho gusto. ¿Puedo esperarles a las ocho?
—Usted manda, doctor. Por cierto, ¿qué sabe de la historia del chalet donde vivimos mi esposo y yo?
—¿Se refiere a que lo llaman el chalet de los muertos?

—Si.

—Es lógico que lo llamen así debido a su gran proximidad con el cementerio, madame.

—Hay más que eso y no se preocupe, que no le diremos a madame Bennet que nos lo ha

contado. Usted, como médico local, sabrá muchas cosas.
—Entonces, les espero a cenar. Procuraré darles detalles, me temo que no van a gustarle, pero ya que insiste...
—Sí, ya imagino que nadie de este pueblo viviría en ese chalet.
—Realmente, hay casas que parecen malditas. Ese chalet es muy antiguo, lo remozaron un poco porque madame Bennet quería sacarle rendimiento; pero como usted se dará cuenta, sólo lo alquilan los forasteros. Bien, dejemos la charla para la cena. ¿Le parece?
—Como usted quiera, doctor.
Tras memorizar las señas del doctor. Juliet terminó sus compras que cargó en el jeep y con él regresó al chalet dando un rodeo.
A lo lejos vio la bici roja de Violeta apoyada contra un árbol y le llamó la atención. Continuó adelante, la niña no se veía por parte alguna.
De pronto, pisó el freno al descubrir a Damien por el camino del pinar.
Tras dar un claxonazo, él la miró y ella sacó la mano por la ventanilla. Reanudó la marcha hasta acercarse a él.
—No sabía que ibas a pascar ahora. Damien.
—Es que he oído aullidos.
—¿Aullidos?
—Sí, como si a un perro le pasara algo, me han llamado la atención.
—¿Y has visto algo?
—No. En realidad no he salido de los caminos.
—¿No será el perro de Violeta?
—¿El perro de Violeta?
—Si, esa chica tiene un perro negro y blanco con mucho pelo, es un animal de aspecto simpático pero me parece que para vigilar no sirve, su aspecto no impresiona.
—Ahora que lo dices, he visto su bicicleta.
—Yo también.
—¿Le habrá sucedido algo a la niña?
—No sé, no la he visto y al perro tampoco.
—¿Quieres que vaya al pueblo y pregunte si la han visto?
—Creo que no sería conveniente. Nosotros somos forasteros y podrían pensar que nos entrometemos en sus asuntos, aunque creo que esa niña tampoco es de aquí.
—Dejemos pasar unas horas. Si vemos que no regresa a por la bici, esta noche, cuando vayamos a cenar a la casa del doctor, se lo comunicaremos.
—¿A cenar con el doctor?
Juliet observó la cara de extrañeza de Damien y le sonrió como disculpándose antes de decir:

—Nos ha invitado. No he podido negarme y como después de todo es el médico y en algún momento nos puede hacer falta, es mejor estar a buenas con él. Es un anciano muy amable, ya lo verás, y me ha prometido contarnos lo que sabe referente al chalet.

—Vaya, que te ha castado un esfuerzo rechazar la invitación —comentó, irónico

—Anda, sube al coche y no gruñas.

—No, deja. Ve tú delante, yo te seguiré caminando. Esto va mejor, mucho mejor. Cada día que pasa me siento con más fuerzas.

—Estupendo. Damien, me haces muy feliz.

—Si, esperemos que no me ocurra ninguna desgracia más.

—No invoques a las maldiciones, Damien, trae mala suerte.

El sol se ocultó tras unas nubes: sin embargo, aunque era un día frío, no parecía que fuese a llover en las siguientes horas.

CAPITULO X

Jean regresó al campamento con Paul.

Allí estaban Mary y Veronique que no parecían muy contentas. Las dos muchachas se hallaban la una junto a la otra y de haber pasado un coche cerca de ellas, no se lo habrían pensado mucho antes de hacer auto stop para marcharse de aquel lugar, alejándose de su hermano y amigos.

—¿Le has visto? —preguntó Paul.

—No. Por ahí andan Benoit y Armand, pero no creo que lo encuentren.

—¿Qué habrá sido de Clement? —preguntó. Mary, sombría.

—Quién lo sabe. Con las pastillas que se tomaba —rezongó Paul, encogiéndose de hombros.

—Cogeré la moto y con una vuelta larga quizá lo encuentre.

—No lo creo —objetó Paul.

—De todos modos, quiero petardear un poco. Ya me está cansando toda esa historia de Clement. Me venido aquí para pasarlo bien, no para estar todo el día buscando a un drogata. Eh, chicas, ¿alguna se quiere venir conmigo en la moto? Procuraré no dar muchos botes.

—Conmigo no cuentes —le dijo Mary.

—Conmigo tampoco —añadió Veronique.

—Entonces, ¿a qué habéis venido? Aquí hay que divertirse y vosotras ya sabéis cómo se divierten las tías como vosotras y los tipos como yo. —Se rió de forma grosera.

—Vete a la mierda —le dijo Veronique sin ambages.

—Quedaos aquí, pudriros jumas. Luego soy capaz de coger mis bártulos y largarme. Sois unos desgraciados que no sabéis divertiros.

Quitó el caballete de la máquina y la puso en marcha provocando un estruendo capaz de hacer temblar a todas las bestezuelas del pinar. Luego, montó y comenzaba a alejarse cuando Paul le gritó:

—¡El casco!

—Bah, ahora vuelvo. Veré si encuentro al drogata.

Jean se alejó dando unas vueltas con la moto de trial. En realidad, no parecía estar buscando a Clement si no practicando con su potente moto que brincaba en cada saliente del camino.

Tenía un gran poder para trepar por caminos empinados y difíciles.

Mientras Jean torturaba el bosque con el estruendo de su máquina, no se dio cuenta de que una sombra se deslizaba de un matorral a otro, de un tronco de árbol al siguiente, como buscando

no ser descubierta.

Aquella sombra parecía saber de antemano los giros que haría Jean con su máquina todo terreno, parecía conocerle bien.

De pronto, al enfilar por un tramo del camino dándole gas a la máquina. Jean se encontró bruscamente con algo que surgió de detrás de un añoso tronco. Una gruesa rama le dio en mirad de la cara, con tal fuerza que le derribó.

No tuvo ni tiempo de gritar. Máquina y piloto fueron contra el suelo.

La motocicleta parecía encabritarse mientras Jean, con el rostro ensangrentado, giraba sobre sí mismo como buscando reincorporarse.

Junto a él, con una gruesa rama en la mano, apareció Armand que había ocultado su vistosísimo pelo teñido como el pelaje de un leopardo bajo un gran pañuelo.

—¡Te dije que me las pagarías, bastardo choricero!

—¡Agg, agg! —gemía Jean chorreando sangre, incapaz de levantarse, mientras la rueda de la motocicleta seguía girando, provocando un estruendo al que se unían los chirridos del roce metálico contra el suelo donde abundaban las piedras.

Armand se situó detrás de Jean. Lo cogió por los cabellos y le obligó a bajar la cabeza hasta enfrentársela contra una piedra sobresaliente.

De súbito. Armand hizo que la frente de Jean golpeara contra la piedra.

—¡Agg!

Jean no pudo escapar, aturdido como estaba, medio destrozado y sangrante. Y como si la visión de la sangre excitara aún más a Armand, este volvió a golpearle una y otra vez la cabeza contra la roca hasta que Jean quedó desmadejado como un monigote roto.

Armand se apartó de él. lo dejó allí tendido, con el rostro desfigurado y empapado en sangre, con la piedra también manchada. Sus ojos habían quedado abiertos, sucios de sangre.

—Estás muerto, choricero. Cuando te encuentren creerán que te la has pegado con la moto.

Miró la máquina que aún seguía en marcha, girando. Tuvo la intención de parar el motor pero se contuvo, pensando:

«Que se pare sola. Si la encuentran así creerán mejor en el accidente.» Se alejó del lugar del crimen, su venganza había sido cumplida.

Corrió a través del pinar hasta detenerse en un lugar donde hacia hondonada, muy cerca de la tumba del moro.

Armand no sabía nada del hallazgo de un cadáver en aquel lugar, un cadáver que había sido cubierto con tierra. La sorpresa para él fue mayúscula.

La tierra estaba escarbada y aparecían dos rostros cadavéricos que parecían negarse a quedar ocultos bajo la tierra. Era como si ansiaran escapar de ella, como si quisieran ser vistas para provocar el terror.

Acababa de detenerse como si de repente surgiera ante él un muro de cristal, un muro transparente que le impedía el paso.

Miró el cadáver descompuesto, con colgajos de piel sobre la calavera, un cadáver con las cuencas de los ojos vacías: sin

embargo, semejaba mirarle desde el más allá. El otro tenía los ojos abiertos y el pánico en su expresión.

—¡Clement!

El terror le paralizó. Acababa de matar a un hombre, a un amigo; sin embargo, tal acción criminal no había conseguido horrorizarlo tanto como el súbito descubrimiento de las dos cabezas asomando entre la tierra removida como si quisieran escapar de su sepultura.

Se había quedado sin aliento y no comprendía bien lo que veía.

Era como una alucinación macabra que su diafragma contraído le impedía digerir.

Sin que se diera cuenta, sus pies se habían hundido en la tierra removida y cuando quiso retroceder, aterrorizado por la visión de los cadáveres, no lo consiguió.

Cayó sentado al suelo, se revolvió para alejarse a gatas y sus manos también se hundieron en la tierra como si ésta fuera una ciénaga.

—¡No, noo, nooo! —gritó, comprendiendo que algo lo sujetaba y lo hundía en la tierra blanda, algo que no sabía qué era pero que tiraba de él hacia el centro de la tierra, un poder invisible o representado en la propia tierra.

—¡No, socorro, auxilio!

La fiera lo fue engullendo mientras, no muy lejos, la motocicleta dejaba de runrunear y un cadáver, con el rostro destrozado, ya no sangraba.

Las hormigas se acercaron a las orillas del charco de sangre como si ésta fuera un macabro mar rojo.

CAPITULO XI

—Pareces enfurruñado —observó Juliet a Damien cuando éste ya estaba aposentado dentro del jeep commander.

El motor arrancó con fuerza. Por el tubo de escape salió una vaharada de gas-oil mal quemado y el vehículo arrancó hacia adelante.

—No. no hagas caso. La verdad, no tenía deseos de ir a cenar a ninguna parte.

—El médico es distinto. Es un hombre culto, se puede hablar con él.

—No lo dudo, pero estoy harto de que me pregunten cómo estoy.

—No creo que lo haga si tú no le das pie.

—Está bien, está bien, tú ganas. ¡Adelante, comandante!

Juliet sonrió, le miró de reojo y enfiló por el camino más corto entre los diversos senderos que cortaban o rodeaban el pinar.

El ciclo había oscurecido, las nubes semejaban haberse despejado y un helor ambiental hacia la noche terriblemente fría. Lejos, a distancia, brillaban unas luces poco poderosas.

—Es el campamento de los motoristas.

—Con este frío, ya es humor quedarse dentro de esas débiles tiendas —opinó Juliet.

—Si les gusta —respondió Damien, encogiéndose de hombros.

—Creo que en realidad no saben lo que les gusta, van un poco a la deriva. Buscan el exciting y se encuentran con el hastío.

—Es posible, pero la Naturaleza agradecería que se silenciaran para siempre esas ruidosas máquinas sobre las que van montados.

—Sería más bonito estar aquí con caballos, ¿verdad?

—No lo dudes. Es más natural, más propio del sistema silvestre.

—¡Eh, mira!

Las luces de los faros iluminaron a distancia la bici de Violeta.

Los niquelados lanzaron destellos al ser bombardeados por los fotones de los faros del vehículo que conducía Juliet.

—No parece que haya vuelto a por ella. Juliet torció el gesto.

—¿Le habrá sucedido algo?

—No sé, ya lo averiguaremos.

En pocos momentos dejaron atrás el pinar y se internaron en el pequeño pueblo con escasas luces y muchas de sus casas cerradas, casas a las que sus propietarios acudían en época veraniega para descansar de la marea ciudadana donde se hallaban inmersos casi todo el año, llenando sus pulmones de

derivados del azufre, monóxido de carbono y otras impurezas que componían el aire metropolitano al que el ser humano trataba de adaptarse día a día.

El coche chirrió al frenar súbitamente.

—¡El gato!

¡Miaaauuu!

—Es «Lucifer» —observó Damien, mirando a la pequeña bestia detenida en mitad de la calzada, enfrentada a los das faros que lo iluminaban, a las luces del vehículo que hacían

fulgurar sus extraños y malignos ojos.
—No me gusta lo que voy a decir, pero la próxima vez que ese gato se me ponga delante, lo piso, me cae mal.
El felino, sin prisas, como seguro de que nada podía pasarle, se alejó, perdiéndose entre las sombras, disolviéndose en ellas como si formara parte de las mismas, aunque escru- tando en la oscuridad se habían encontrado sus malignos ojos.
—Ahí está la casa del médico.
La vivienda quedaba oprimida entre sus vecinas, pero se vela más grande y algo mejor cuidada y remozada. Tenía dos arcadas que daban a un pequeño atrio dentro del cual había una lámpara encendida y unas jardineras con plantas que ofrecían mal aspecto, quizá a causa del frío.
Juliet detuvo el commander y tras quitar las llaves del contacto, se apeó. Damien hizo lo propio por el otro lado. La joven le observó y puntualizó:
—La otra muleta.
—No hace falta.
—¿Que no hace falta? —se asombró.
—No, quería darte una sorpresa.
Ella parpadeó, interrogante. Damien sonrió.
—Ya puedo moverme bien con una sola muleta, ya te dije que avanzaba con rapidez. Mira.
Anduvo hacia la puerta y, efectivamente, bastó una muleta para ayudarle, no se tambaleó. Sus músculos en torno a los huesos deteriorados por el accidente resistían ya mucho mejor. Era joven, vital y poseía una gran fuerza de voluntad para la recuperación.
—Lo estás consiguiendo. Damien, lo estás consiguiendo.
—Claro que sí.
La besó en los labios cuando ella se había abrazado a él, orgullosa de sus avances.
—Y esta noche, van a llorar las vírgenes...
—¿Qué dices?
—Bueno, aunque tú no lo seas, pero...
—¡Granuja! Anda, anda, que tú eres capaz de comenzar ahora y con el frío que hace aquí fuera...
Llamó al timbre y como si estuvieran esperando, una mujer de unos cuarenta años, con aspecto de matrona, les abrió la puerta, muy sonriente.
—Madame, monsieur, buenas noches. Monsieur doctor les está esperando.
Entraron y tuvieron que enfrentarse con una empinada escalera. Damien la miró. Juliet le observó y el hombre, comprendiendo, dijo:
—No te preocupes. Sube delante, yo te sigo.

Con la muleta y ayudándose con la baranda. Damien subió sin problemas. La casa olía a leña quemada, era un olor agradable y reconfortante.

—Buenas noches.

Ya al primer golpe de vista, el médico le cayó bien a Damien. No le pareció presuntuoso, altivo ni arrogante, tampoco un buitre que se nutriera de las miserias del prójimo.

—Gracias por venir.

—Doctor, le presento a Damien. mi marido.
—Aún puedo estrecharle la mano —dijo Damien tendiéndole la diestra mientras se ayudaba con la zurda y la muleta.
El médico no cometió la torpeza de preguntarle cómo se encontraba ni tampoco de precipitarse a ofrecerle la mejor butaca. Simplemente le dijo:
—Siéntese como en su casa, será un placer para mi que lo hagan.
Damien se aproximó a una de las dos butacas que se hallaban cerca de la chimenea y se acomodó en ella. Juliet deseó ayudarle pero se abstuvo porque sabía que a él le molestaba.
—¿Quieren una copita antes de cenar? —propaso el médico.
—¿Alcohol antes de cenar? —preguntó Damien, irónico.
—No. es una mezcla cargada de embrujos que hace que al tomarla se exciten los jugos gástricos y luego se coma con más apetito, ya lo verán.
—Algo como para engordar, seguro —sonrió Juliet.
El médico en persona, que pese a sus años se movía bien aunque sin ligereza, porque todo él era parsimonioso, pleno de cuidado y elegancia, les sirvió de una botella oscura, topacio, casi impenetrable. Un dolor a hierbas emanó de ella, como si fuera un frasco relleno de encantamientos.
El licor, en principio, sabia amargo y seco, pero tras paladearlo un poco entró bien.
—Es extraño, no he probado nunca nada igual —comentó Damien.
—No está comercializado. Es una maceración con plantas propias de esta región.
—Pues, podría comercializarlo —dijo Juliet, halagadora.
—Sería inútil. Todo lo que carezca de una promoción publicitaria como la de la «Coca Cola», seguro que no obtiene un éxito de venta —contestó el médico.
—Por cierto, doctor, ¿conoce a una niña que vive aquí y que se llama Violeta?
—Sí, ¿por qué?
—Hemos visto su bicicleta tirada junto al pinar y como no ha ido a recogerla, pensamos que ha podido sucederle algo.
—Está en su casa
Juliet y Damien se miraron. La muchacha insistió:
—¿Y está bien?
—Se ha puesto enferma súbitamente, es como si hubiera cogido un rápido enfriamiento, con fiebre y palidez y lo más raro es que se ha callado, cuando es una niña a la que le gusta mucho hablar.
—Si, ya hemos observado que es amable y le agrada hablar con todos aunque sean desconocidos —dijo Damien.
Juliet preguntó:

—¿Seguro que es un enfriamiento?

—Está en su cama, en observación, le he pedido a sus padres que si notan algo extraño en ella me avisen en seguida. A esas edades, cuando una niña se hace mujer, pueden surgir ciertos trastornos que deben vigilarse, pero no creo que sea nada de cuidado.

—Será mejor que avise a sus padres respecto a la bicicleta, lleva también el radio commander.

—Se lo diré por teléfono para que vayan a recogerla, aunque por aquí nunca pasa nada.

—Algún vagabundo puede llevársela —insistió Damien, pensando en el grupo de acampados que, por su aspecto, no le ofrecían demasiadas garantías de seriedad.
—Si me disculpan, llamaré por teléfono a los padres de la niña para que van a recoger la bicicleta. ¿Dónde dice que está?
—En el pinar, junto a uno de los caminos. Pasando con el coche se ve, está apoyada contra un tronco.
—Bien, ahora vuelvo.
—Quizá la niña se sintió marcada de pronto y prefirió volver a pie a su casa —opinó Juliet.
—Es posible, lo importante es que no se haya perdido.
El doctor regresó después de dar el aviso a los padres de Violeta por teléfono.
La mujer que cuidaba del doctor comunicó que la cena estaba lista y pasaron a la mesa. El ambiente cálido agradó al joven matrimonio reacio a meterse en casas ajenas.
—Es cierto que la copita de su desconocido licor abre el apetito —dijo Juliet—. Me temo que he cenado demasiado.
—No se preocupe, tendrá una buena digestión.
—Doctor, su interés por saber algo de ese chalet que habitan. Supongo que ya les habrán contado algunas cosas.
—Madame Bouclier dice que es la casa de los muertos.
—Así llaman a esa casa que es más vieja de lo que parece.
—Pero, ¿han habido muertos en ella?
—Si, se han descubierto muertos. En realidad, ese chalet se construyó antes de que planificaran la urbanización residencial que fue un fracaso porque nadie compró los terrenos. Los caminos se deterioraron por si solos, todo un proyecto se perdió y un negocio se hundió, pero no es lo más importante —explicó el médico.
—¿Y qué muertos eran los que aparecieron en el chalet?
—Ya en su construcción murieron dos albañiles.
—¿Cómo murieron? —preguntó Damien.
—La casa no quedó muy clara. Se les halló muertos bajo una pared derribada, unos ladrillos les habían partido la cabeza a ambos, pero la pared era demasiado baja como para pensar en un simple accidente.
—¿Qué dijo la justicia? —preguntó Juliet.
—Accidente.
—¿No se podía demostrar otra cosa? —inquirió Damien.
—No, no se pudo demostrar otra cosa. Ya en sus principios, la casa se consideró maldita, pero se siguió adelante con ella. El padre de la actual propietaria también murió en ella.
—¿Enfermedad?
—No - respondió a la pregunta de Juliet—. Cayó por la escalera y

se partió el cuello, pero no fue el último.

—¿Quién más?

—Monsieur Loboingé que tenía amores con una muchacha de servir. Damien inquirió:

—¿También fue accidente?

—Se le encontró en el jardín, asfixiado. Fue muy rara su muerte, encontramos tierra en

el interior de su cuello y esa tierra le impidió respirar. Extraña forma de morir, llenarse la garganta de tierra y piedras, una muerte sin explicación.

—¿Fue el último? —preguntó Juliet.

—No, no fue el último, aún se halló el cuerpo sin vida de un forastero al que nadie conocía, un vagabundo.

Damien quiso saber:

—¿De qué murió?

—Paro cardíaco, lo puedo afirmar porque fui yo quien lo examinó. Mi opinión es que recibió un gran susto, algo que su corazón quizá enfermo, sin él mismo saberlo, no pudo resistir.

Damien observó:

—Son muchos muertos, ¿no?

—Sí, para un solo chalet son demasiados, por ello la llaman la casa de jos muertos.

—Podían habernos avisado —se quejó Juliet.

El doctor se sirvió un poco de coñac y luego puntualizó:

—Es un chalet que está solitario, muy cerca del cementerio. Jamás debió edificarse en ese lugar, fue como un desafío a las maldiciones.

—¿Cree usted en las maldiciones, doctor? —preguntó Juliet.

—Me he pasado la vida negándolas, pero... Es posible que siempre haya creído en ellas sin atreverme a confesarlo.

Damien inquirió:

—¿A qué maldiciones se refiere, doctor?

—Las maldiciones vienen de muy atrás, se pierden en la oscuridad de los siglos, digamos que es una leyenda y no una historia. Comprenderán que haya muchas cosas difícilmente probables.

—Cuéntenos lo que sepa de las maldiciones —pidió Juliet, interesada.

—Tenga cuidado, doctor, será como llamar a los malos espíritus —le observó la mujer que atendía la casa.

—No lemas, yo ya soy viejo —se sonrió el médico.

—Siga, doctor —1c pidió Juliet.

—La leyenda cuenta, pues nada escrito hay sobre ello y toda la llamémosle historia se ha transmitido en forma oral, susceptible por tanto de variaciones, que hubo cuatro brujas jóvenes y bellas...

—¿Una historia de brujas? —dijo Damien, como decepcionado

—Algo así. Se reunían en ese pinar que ya desde mucho antes de la leyenda ha tenido mala fama. La gente del pueblo no va allí ni a proveerse de leña para sus chimeneas, nadie quiere saber nada del pinar y sin han de cruzarlo de una parte a otra, prefieren rodearlo. Cuando hay un entierro, pues el camino del cementerio

pasa cerca del pinar, se hacen cruces y se suplica que el alma del muerto no caiga en manos de las brujas del moro.

—¿Brujas del moro, ha dicho?

El médico miró a Juliet que acababa de preguntar.

—Si, ellas acudían al pinar y allí celebraban sus aquelarres. Se las capturó, sometiéndolas a tortura y ellas confesaron sus maldades y también que adoraban al

moro: y ustedes se preguntarán que quien era el moro.

—Sí, ¿quién era el moro? —preguntó Damien como buen oyente.

—Ellas dijeron que era un gato infernal, un demonio convertido en gato que llegaba a poseerlas.

—¿De veras era un gato? —repitió Juliet.

—Es lo que cuenta la leyenda. Les prometieron la vida a las cuatro jóvenes brujas, les prometieron librarlas de la hoguera si ayudaban a capturar al diablo encarnado en el extraño gato del pinar, el gato al que llamaban el moro.

—¿Y accedieron ellas? —preguntó Juliet, interesada en el relato.

—Sí y volvieron al pinar, pero el pinar estaba cercado. Ellas invocaron la presencia del moro y acudió el monstruoso gato que fue capturado con una red. Se apresuraron a hundirle una daga de plata en el corazón y siguiendo no sé qué prácticas, se dice que lo abrieron en canal y lo rellenaron de ajos.

—Ya, los ajos van contra los malos espíritus —observó Damien.

—Ya me doy cuenta de que es usted escéptico, pero a lo largo de la historia, los ajos se han empleado en tal sentido y cuando el hombre hace algo por tantos siglos, diría que milenios, debe haber un motivo justificado para ello. En fin, que fue muerta la bestia y capturadas de nuevo las jóvenes brujas. Alguien comentó que cuando algunos moros importantes fallecían, en torno a él eran enterradas sus cuatro mujeres y sobre cada una de ellas se incrustaba una piedra en forma de cuña, con la punta hacia abajo, justo donde debía estar la cabeza.

»Sepultaron al gato muerto, al gato llamado el moro y en torno a él, a las cuatro jóvenes brujas que al comprender lo que se hacía con ellas, que no se cumplía la promesa de dejarlas con vida, maldijeron a sus verdugos y a todo el pueblo prometiendo vengarse en ellos y en sus descendientes. Fueron muertas con la misma daga de plata con que se mató al extraño gato capturado y las cuatro fueron sepultadas en torno a su amo y señor, con las losas punta abajo.

»Esa es la leyenda de la tumba y nadie, salvo que sea forastero, se atreve a ir por allá porque sabe lo que significa. Sabe que allí está enterrado el diablo.

—Pero, doctor, creer a estas alturas en un gato diablo y en cuatro brujas vengativas...

—Monsieur, cada cual es libre de creer o no, pero los muertas están ahí y si pregunta a los habitantes del lugar, le dirán que ellas han sido las asesinas. Es la respuesta que le dará cualquier vecino de este lugar.

—Aun suponiendo que fuera cierta parte de la leyenda, debajo de las piedras se encontrarían restos humanos, nada más.

—Mejor no tocarlas. En dos o tres ocasiones, a lo largo de la historia, esas piedras han sido movidas.

—¿Y qué ha sucedido? —preguntó Juliet.

—Desgracias, trágicas desgracias, hasta que las piedras han sido puestas de nuevo en su lugar. Es como si al levantar alguna de ellas se destapara un recipiente lleno de aromas asesinos. Y por lo que se sabe, nunca ha sido fácil reponer las losas en su sitio.

Damien, burlón, preguntó:

—¿Por qué ellas se resistían a volver a quedar sepultadas?

—Es posible.

Juliet, un poco preocupada, inquirió:

—Doctor, no creerá en serio toda esa leyenda de la tumba del moro, ¿verdad?

—Cuanto más viejo, más dudas se tienen. Dejo a un lado la debilidad mental senil, pero les puedo decir y muy seriamente, que en una noche de plenilunio como la de hoy, nadie del pueblo se atrevería a cruzar por el pinar y mucho menos acercarse a la tumba del moro.

—Pues allí hay unos jóvenes acampados.

—Los chicos de las motos. Por cierto, uno de ellos ha desaparecido y andan buscándolo.

—¿Desaparecido? —repitió Juliet. Damien añadió:

—Hemos visto que andaban buscando algo por dentro del cementerio.

—Quizá a su compañero, han estado preguntando por él en el pueblo.

—No nos querrá hacer creer que su desaparición tiene algo que ver con la tumba del moro, ¿verdad? —preguntó Juliet.

—Monsieur doctor quiere gastarnos una broma, Juliet.

—No, no lo crean. Les he dicho que los padres de Violeta irían a recoger la bicicleta al pinar, ¿verdad?

—Sí, si lo ha dicho —admitió Juliet.

—Es lo que me han comunicado ellos, pero pueden estar seguros de que mañana por la mañana, la bicicleta continuará en el mismo sitio y hasta que haya buen sol no pasará nadie a buscarla.

—Entonces, ¿por qué iba Violeta por allí? —preguntó Damien.

—Seguramente sin saberlo sus padres, travesuras de juventud. No duden que la habrán reprendido por ello.

—Entonces, ¿cabe deducir que la niña andaba por el pinar, se ha asustado por algo y ha huido a pie dejando la bici? —preguntó Juliet.

—Es posible, mañana le preguntaré al respecto.

De pronto, sonó el teléfono. La mujer que cuidaba de la casa lo tomó y al poco se acercó al médico para decirle:

—Parece que Violeta se ha puesto peor.

—Voy ahora mismo. Ustedes me disculparán...

—No faltará más, doctor. Agradecemos su invitación y tiene que prometernos que cualquier día de éstos vendrá a comer a la casa de los muertos.

—A comer, bueno, pero que no sea a cenar.

CAPITULO XII

—No entiendo nada —expuso Benoit con expresión malhumorada.
—Yo menos —añadió Mary.
—¿Por qué se van y no vuelven? —preguntó Veronique.
Los cuatro se hallaban fuera de la tienda de campaña, en torno a una fogata que les brindaba calor y a la que iban añadiendo leña para que las llamas no menguasen.
El frío se hacía intenso y la noche era en calma, extraña mente calmada. Paul, un tanto cabizbajo rezongó:
—Creo que se han largado, esto es una mierda.
—Han de estar en alguna parte —gruñó Benoit.
—¿Por qué no ha vuelto Armand? —preguntó Mary.
—Tu hermano también se ha largado —le dijo Paul casi en tono acusatorio, apartando la mirada de las llamas.
—¿En qué? Las motos están aquí, todas menos la de Jean. Es posible que él sí se haya marchado —opinó Veronique.
Mary propuso:
—Nos podemos marchar todos.
—¿Y si llamo por el walki-talky? —preguntó Benoit.
—¿A quién? Ni Jean. Armand ni Clement lo tienen —le recordó Mary.
—Puede escucharme el tipo del chalet, a lo mejor él los ha visto.
—Llámalo si quieres, pero creo que no obtendrás respuesta.
—Voy a intentarlo —dijo Benoit, yendo hacia una de las tiendas de campaña.
—¿Y si damos una vuelta? —sugirió Veronique—. A lo mejor nos quieres gastar una broma y están agazapados por ahí, esperando para darnos un susto.
—Podría ser —admitió Paul.
Benoit apareció con el walky-talky; la antena estaba ya bien estirada.
—Aquí Jota Jota llamando a Luna Roja. Aquí Jota-Jota llamando a Luna Roja, avanti. Todos quedaron en silencio, esperando la respuesta que no llegaba. Sólo turbaba el silencio el crepitar de la leña que ardía en la fogata, aquella fogata que les proporcionaba luz y calor.
—No debe tener el aparatito abierto —le observó Mary.
—Mirad qué luna más grande y redonda. ¿Por qué no paseamos por el pinar? Si están escondidos, daremos con ellos.
—¿Alejarnos ahora del fuego y las tiendas? —preguntó Mary.
—Aunque sea noche cerrada, no es muy tarde —le observó Veronique.

—Yo me quedo al lado del fuego —insistió Mary.
—Vamos a buscar linternas —propuso Veronique.
—Coge tú una. A mí, con esta luna tan gordo, no me hace falta —dijo Benoit que continuaba con su walki-talky abierto, esperando alguna posible repuesta.
Veronique se hizo con una linterna y Mary se quedó junto a la fogata.
Paul, con las manos en los bolsillos, como fastidiado por la situación, preguntó:
—¿Vamos juntos o nos separamos?
—Podemos separarnos —aceptó Benoit—, pero no nos distanciemos demasiado, que

podamos llamarnos a voces.

—No los encontraréis —les dijo Mary.

Los dos muchachos y Veronique se separaron, adentrándose en el pinar.

Cuando se quedó completamente sola, cuando ya no veía a su hermana, a Paul ni a Benoit, cuando ya no oía ni siquiera sus voces, Mary se sintió inquieta. Una sensación de desasosiego comenzó a invadirla.

Observó que las llamas de la fogata decrecían rápidamente y dedujo que lo que hacía falta era leña, pero !a leña que había tenido lista para la fogata se había consumido ya.

—Qué fastidio —murmuró.

Tenía que separarse de la fogata para recoger un poco de leña y así lo hizo, pensando en no alejarse demasiado.

El plenilunio la ayudaba a ver mejor, en especial las piedras que blanqueaban fantasmalmente en la oscuridad.

Ptsssss, ptsssss...

Al oír aquella especie de llamada, se quedó quieta, muy tensa, a la escucha. Miró en torno y creyó que debía provenir de lo que llamaban la tumba del moro.

—¡Jean! —Inútilmente aguardó una respuesta—. ¡Armand...! ¡Clement!

La joven torció el gesto. Miró hacia la fogata y observó que se esiaba convirtiendo en simples brasas, posiblemente porque la leña que le habían echado eran ramitas delgadas, de combustión rápida.

Con las ramas finas se conseguían rápidamente llamas altas, pero luego éstas menguaban con rapidez.

Ptssss, ptssssss...

Mary miró la tumba del moro y apretó los labios. En tono bajo, casi como un desafío, musitó:

—No me dais miedo. No me la vais a jugar, idiotas. Decidida, anduvo hacia la tumba del moro.

Las piedras, las rocas y aquella especie de extrañas losas talladas hacía siglos, eran símbolos espectrales que el plenilunio se encargaba de hacer destacar a los ojos humanos. Uno de aquellos conos yacía tumbado, fuera del hoyo correspondiente.

La muchacha pasó junto al hoyo y una mano esquelética semejó salir de él, arañando la tierra.

El pie de Mary pasó junto a ella, pero siguió adelante sin verla hasta llegar al centro de la tumba del moro, junto a la piedra cilíndrica, o por lo menos así debía haber sido su tos- co cincelado

cuando fuera colocado en aquel siniestro lugar.

—¡Salid, no me dais miedo, salid de vuestro escondite! —exclamó Mary casi mordiendo las palabras, pero tenía miedo y protegía su espalda contra la gran roca cincelada en forma de cilindro que debía ocultar al moro, un gato endiablado del que Mary jamás había oído hablar.

Rrrfffuuuuu...

Oyó el extraño ruido tras de sí, tan cerca que el aliento de quien lo había producido se metió en sus orejas. Se revolvió rápida y entonces lo descubrió.

—¡Un gato!

Sobre el túmulo funerario había un gato, un extraño gato, desmesuradamente grande.

La joven le vio claramente. Los malignos ojos del felino que semejaban poseer luz propia, se habían clavado en ella. Mary, asustada, retrocedió un par de pasos.

—¡Nooo!

El gato saltó sobre la mujer que no pudo evitar que las cuatro zarpas cayeran sobre su rostro, cuello y la parte alta del pecho, hundiéndose en sus carnes.

—¡Agg!

Mary retrocedió sin conseguir quitarse el gato de la cara, aquel gato que le hundía sus afiladísimas uñas y le daba constantes y feroces zarpazos que hacían saltar la sangre.

Cayó al suelo, incapaz de desprenderse de la maldita bestia. La agarró con sus manos, pero no tuvo fuerzas para arrancársela. Todas las uñas se habían hincado en su carne y al tratar de gritar, notó que sus labios eran heridos.

Una oleada de calor y frió inundó su rostro que se llenaba de heridas.

El maldito felino era una máquina de producir heridas, más profundas de lo que cabía suponer en un principio.

Bruscamente, las venas del cuello quedaron abiertas y los chorros de sangre caliente mancharon a la bestia asesina.

Mary comenzó a moverse espasmódicamente, cada vez con menos intensidad. Sus brazos, sus piernas, fueron quedando lacias hasta que quedó yerta y sus ojos se mantuvieron abiertos mientras la sangre seguía escapando de su cuerpo como si hubiera de perder hasta la última gota.

No muy lejos, sin enterarse de lo sucedido, Veronique preguntaba voceando mientras se abría paso con la linterna, aun que obviamente no era tan necesaria debido a la gran luz que les proporcionaba la luna llena.

—Benoit. Paul, ¿habéis visto algo?

CAPÍTULO XIII

La madre de Violeta era joven y bien parecida: sin embargo, en aquellos momentos, la preocupación afectaba su rostro.
—¿Qué puede ser, doctor?
—Veamos, veamos...
La niña se hallaba en la cama, muy pálida, con los párpados serrados.
—Parece que no le ha subido la fiebre.
—Pero ha gritado, doctor, ha gritado.
—Quizá ha sido una pesadilla, ¿verdad que ha sido una pesadilla, Violeta?
—No, monsieur doctor —respondió la niña sin abrir los ojos.
—Madame, ¿me deja unos momentos a solas con ella?
—Si, claro, pero ¿cree que será grave?
—No, no creo que le suceda nada grave. Por favor, madame.
Cuando quedaron a solas el médico y la muchachita, el médico cogió su mano y en tono de pregunta, le dijo:
—¿Aún asustada?
—No, digo sí.
—Veamos, Violeta. —El médico suspiró—. Has estado en el pinar, ¿verdad?
—¿Se lo dirá a mis padres?
—Ya lo saben.
—¿Lo saben? —Abrió los ojos, un poco asustada.
—Sí, han visto tu bicicleta y el walki-talky. ¿Cómo va, Luna Roja, no es así como te haces llamar?
—¿Cómo lo sabe?
—Me lo ha cornado un pajarito, el mismo pajarito que ha encontrado tu bicicleta abandonada.
—Es verdad, pero yo, yo...
—Se lo he dicho a tus padres.
—Me reñirán.
—Es lógico, ellos te pidieron que no merodearas por el pinar ni cerca del cementerio.
—Yo no creo en las supersticiones y maldiciones, monsieur doctor.
—Lo creo. Violeta, tú eres una niña valiente; sin embargo. tus padres tenían motivos para pedirte que no fueras por ese lugar tan solitario.
—¿Cree usted en las maldiciones de la tumba del moro, monsieur doctor?
—Ejem —carraspeó—. Verás, a tu edad se piensa de una manera; luego, con diez o veinte años más, se piensa de otra y cuando se tienen mis años, de otra distinta.

—Pero usted no cree en las maldiciones, ¿verdad? —insistió, poco satisfecha con la ambigüedad de la pregunta.
—Mira, estábamos hablando de ti y el pinar es un lugar solitario donde merodeaban los vagabundos y eso es peligroso para una niña que va sola.
Molesta, replicó:
—Ya no soy una niña.
—Ejem, ya no eres una niña, digamos una mujercita, pero ahora vas a contarme lo que

pasó en el pinar. ¿Qué te asustó tanto, qué te hizo correr?

—¿Se lo dirá a mis padres, monsieur doctor?

—Yo no, se lo dirás tú.

—¿Yo?

—Sí, claro, pero ahora me vas a contar lo que sucedió.

—Pues, iba con «Chipper».

—Tu perro.

—Si, y él se puso a aullar.

—¿Qué había descubierto?

—Dos muertos, eran horribles. Cuando cierro los ojos, todavía los veo, doctor.

—¿Dos cadáveres, dices?

—Sí, doctor, eran horribles. Uno estaba muy, muy... no sé cómo explicárselo.

—¿Descompuesto?

—Si, eso.

—¿Y el otro?

—Me pareció que era uno de los chicos de las motos. Estaba con los ojos abiertos y daba mucho miedo.

—Lo creo, pero ¿estás segura de que no ha sido una alucinación.

—Seguro, monsieur seguro.

—Bueno, lo que tú estabas era asustada, pero no pasa nada, absolutamente nada. Estás sana como una magnífica manzanita.

—¿Y me reñirán?

—Pues, no sé, ya hablaré de esto con tus padres; pero tú te vas a dormir hasta mañana cuando yo me vaya de aquí. ¿De acuerdo?

—¿Y qué pasará con los muertos?

—Primero hay que asegurarse de que existen.

—Sí existen, doctor, yo los he visto.

—No lo dudo, pero resulta que la policía no suele creer demasiado las historias que explican las jovencitas como tú. —¿Y usted?

—Sí, pero iré a comprobarlo. Hay que estar seguros antes de llamar por teléfono a los gendarmes.

—¿Va a ir de noche al pinar?

—Ejem... —El viejo volvió a carraspear—. Yo no creo en las maldiciones.

—Yo tampoco, pero allí había dos muertos.

—Verás, te voy a contar lo que haré.

—¿Y qué va a hacer?

—Iré a dar un vistazo, pero vas a ayudarme.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo no voy al pinar de noche, doctor, no me dejarían mis padres, seguro que no me dejarían.
—Lo creo, Violeta, pero me vas a prestar a «Chipper».
¿De acuerdo?
—¿El perro?
—Si, tu perro. ¿Me lo prestas?

—¿Y no le va a ocurrir nada?

—Creo que no. pero...

—Bueno, se lo presto.

—Y vas a prometerme que te portarás bien y que te tomarás una pastilla que te voy a dar para dormir, porque tú estás sana, no estás enferma.

—Lo que usted diga, monsieur doctor.

—Ahora le pediré a tu madre que venga.

—¿Se lo va a contar todo?

—No. hasta mañana. —Elevó la voz para interpelar—: ¡Madame! La madre estaba cerca y acudió inmediatamente.

—¿Cómo está, doctor?

—Bien, bien. Mañana ya hablaremos del asunto, ahora que se tome esta pastilla. Tráigale un poco de agua para que se la pueda tragar.

—¿Podría ser coca-cola? — peguntó la niña.

— No — replicó su madre. El médico corroboró:

—No, es mejor agua, agua pura, a lo sumo con un poquito de azúcar. Esto no es un guateque.

—Como quiera.

—Madame...

—¿De verdad que no es nada serio, doctor?

—Puede estar tranquila, a su hija no le sucede nada y no la riña por haber ido al pinar. Seguro que se aburría y buscaba emociones como corresponde a las personitas de su edad.

—Pero ¿qué es lo que se traen entre manos? ¿Me ocultan algo?

—Madame, Violeta teme que la riña por haber ido al pinar.

—Bueno, creo que eso lo hará su padre, ella ya sabe qué carácter tiene. ¿Verdad que lo sabes, Violeta?

—Sí, pero saqué un sobresaliente en matemáticas.

—Ejem —el médico carraspeó—. Si usted me lo permite, por esta noche me llevaré al perro.

—¿A «Chipper»? —se sorprendió la mujer.

—Yo se lo he dejado, mamá. «Chipper» está un poco asustado, aullaba mucho y el doctor lo curará.

—Pero lo soy, madame, pero verá qué puedo hacer con el perro.
—Si ella lo ha decidido... Aquí tiene la cadena, doctor.
—Gracias, madame, y no se preocupe por su hija, no le pasa nada. Es una jovencita muy valiente que ahora debe dormir. Mañana se encontrará perfectamente bien.
El viejo médico salió de la casa llevando sujeto con la cadena al border-collie, un perro peludo y juguetón que destacaba por su manto negro, por la punta de su cola blanca y las patas y cuello, igualmente blancos.
Si se podía decir que los perros eran golfos. «Chipper» lo era. No le importaba demasiado marcharse con el doctor.
La noche era aún joven para él y caminar, fuera por donde fuese, debía parecerle de

maravilla porque no se resistió lo más mínimo.
«Chipper», tú no me entiendes, pero vamos al pinar y allí tendrás que buscar. Sé que no estaría de más llevar una linterna, pero hace una luna llena tan hermosa.
Alzó la mirada, clavó sus ojos en el plenilunio y quedó sorprendido.
—Qué raro. Parece como si la luna se estuviera tiñendo de rojo.

CAPITULO XIV

El jeep commander regresaba lento, sin prisas, al chalet que estaba junto al cementerio, demasiado cerca del muro tras el cual moraban los muertos. Sin embargo y, paradóji- camente, al chalet se le llamaba «la casa de los muertos» y no al cementerio.

Los faros iluminaban bien el camino por el que avanzaba el vehículo hasta que llegaron cerca de la bicicleta abandonada.

—Espera.

Juliet detuvo el jeep.

—¿Qué pasa?

—Para.

—¿Quieres recoger la bici? —En seguida añadió—: Si vienen los padres de Violeta a recogerla por la mañana, no la encontrarán.

—No se trata de tocar la bici. Verás, si la niña se ha asustado por todas esas historias de las maldiciones y ha dejado la bicicleta aquí, es que no muy lejos ha visto algo que le ha causado miedo.

—¿Y adónde quieres ir a parar?

—¿Puedes meter el coche por ahí?

—¿Por el pinar?

—Si.

—¿Sin seguir un camino?

—¿Me dejas que lo lleve yo?

—No. Veremos qué pasa si encontramos un socavón. —Ya vendrá mañana un tractor a sacarlo.

Juliet colocó la primera marcha y se salió del camino. Encontró un pronunciado desnivel y puso el reductor de marcha.

Lo rebasó lentamente, el vehículo semejaba ir a volcar, pero superó el difícil obstáculo y penetró en el pinar.

—Y ahora, ¿por dónde vamos?

—No sé. Avanza lentamente barriendo con los faros, como si jugaras a descubrir a alguien.

—¿Qué es lo que piensas encontrar. Damien?

—No lo sé.

—Me temo que después de mostrarte escéptico en la casa del doctor, te has convencido de las maldiciones de la tumba del moro.

—¿Y tú no crees nada del gato?

—¿El gato?

—Si, el gato «Lucifer». ¡Cuidado, el árbol!

Juliet hizo un giro brusco y el jeep pasó por encima de unos matorrales, aplastándolos.

—¿Qué decías del gato?

—El gato de la anciana madame Bouclier.

—Sí, sí, ya.

—Pues que se metió en nuestro chalet, lo viste a media noche y te asustó de muerte.
—Es cierto, pero de eso a pensar que sea un gato diablo... El jeep seguía avanzando

lentamente, como rastreando el lugar.
—Quizá el doctor tenga razón. Las leyendas tienen un origen: luego, en la transmisión oral, se distorsionan, es cierto, pero siempre tienen un origen.
—Yo creo que aquí pudieron ajusticiar a cuatro supuestas brujas y también matar a un gato, pero...
—Ahora pareces más escéptica tú que yo.
—Quien lo hubiera dicho, ¿verdad?
—¡Espera!
Juliet detuvo de nuevo el vehículo, quitando gas y pisando el embrague.
—¿Qué pasa?
—Apaga las luces.
—¿Por qué?
—¡Apaga las luces!
Ella obedeció y luego preguntó:
—¿Y ahora qué?
—Mira la luna.
—¿La luna? Ah. sí, es luna llena...
—¿Te has dado cuenta?
—Si, sí, es roja.
—Luna roja, el gran plenilunio rojo.
—¿No es presagio de tragedias?
—Eso dicen los que entienden de brujerías y cosas semejantes.
—Pero ¿por qué es roja?
—No lo sé. Pudiera ser que algún tipo de nube o polvo cósmico se interpusiera entre el sol y la luna, gases especiales, no lo sé, pero sí puede suceder y esta noche está ocurriendo.
—Luna llena roja...
—¿Y se verá así de todas partes?
—Es posible que no. Quizá la rojez se la da algún tipo de nube que esté encima de nosotros.
—Es magníficamente lúgubre, parece teñida en sangre.
—Es la noche ideal para los aparecidos, para los aquelarres, para que las maldiciones se desaten y la sangre de los inocentes corra como agua por torrentera.
Juliet se encaró con Damien para preguntarle, muy sorprendida:
—¿Lo dices en serio?
—Juliet, opino que estamos viviendo unos momentos un poco extraños, unos de esos momentos que raras personas viven en sus vidas, uno de esos momentos que podremos contar cuando seamos ancianos, si es que llegamos, y nadie nos va a creer.
—¿Pretendes darme miedo?
—No. no se trata de eso. Anda, vuelve a conectar las luces. Ya

hemos visto bastante la luna roja.

Las luces iluminaron de nuevo el pinar cuando un horripilante grito de mujer taladró el bosque como si fuera una daga.

CAPITULO XV

—¡Allí. Juliet! —señaló Damien
Juliet, manejando con habilidad el pesado vehículo, saltó al interior de otros de los varios caminos que cruzaban el bosque de pinos.
Los faros iluminaron a una muchacha con largos cabellos oscuros que de pie en mitad del camino se sujetaba la cara con las manos.
Juliet acercó el jeep hasta la motocicleta tirada en el suelo y Damien saltó del coche apoyándose en una muleta.
—¿Qué le pasa?
—¡Dios mío, Dios mío! —sollozaba Veronique.
—¡Damien, aquí! —gritó Juliet que también se había apeado.
En el suelo yacía el cuerpo de un hombre de aspecto fornido, con la cabeza ladeada. Damien se apartó de Veronique y ayudado por su muleta, se acercó al caído. Observó su rostro destrozado, miró luego la motocicleta volcada y opinó:
—Ha debido sufrir un accidente.
—¿Esta muerto? —preguntó Juliet, dubitativa.
—Sí, sí está muerto. Habrá que avisar a la policía, pero no parece correr mucha prisa ya. Juliet se acercó a Veronique y le preguntó:
—¿No, no, me he quedado sola, no encuentro a nadie...?
—¿A nadie, qué quieres decir? —insistió Damien.
—Faltaban del campamento Clement. Jean, que es el que está aquí muerto y mi hermano Armand que habían desaparecido. Hemos salido a buscarlas Paul. Benoit y yo, separados, y ya no me han contestado, es como si se los hubiera tragado la tierra... Tengo mucho miedo.
—¿Dónde está vuestro campamento?
—No lo sé, me he perdido.
—En la tumba del moro —dijo Juliet.
—Sí, pero ahora, de noche y con tantos caminos como tiene el pinar, parece un laberinto.
—Lo encontraremos, subid al coche.
Subieron todos al jeep commander y éste arrancó sin tocar la motocicleta ni el cadáver que se hallaba sobre una mancha ahora oscura que era la tierra teñida en sangre. Los pequeños insectos se acercaban a él, acosándolo.
Los faros del coche iluminaron el lugar.
Juliet hizo marcha atrás, dio media vuelta y optó por seguir el camino en vez de avanzar campo a traviesa. La gran luna roja que brillaba en el ciclo parecía seguirles como pre- sagiando tragedias.
—Allí, a la izquierda, está la tumba del moro.
Juliet se salió del camino y condujo directa hacia la tumba del moro;

mas un socavón oculto por unos matorrales actuó como rampa y el vehículo inclinó el morro, golpeando contra la tierra.
Todos recibieron un fuerte golpe, mas no llegaron a conmocionarse.
Las luces quedaron

casi aplastadas contra la tierra.
—Lo siento, no lo he visto.
—Nadie lo habría visto, es como una trampa —le dijo Damien.
—¿Podemos salir? —preguntó Veronique, excitada.
—Sí, si, claro —le respondió Juliet.
—Mañana, un tractor lo levantará, no creo que le haya sucedido nada. Este vehículo es muy fuerte y el golpazo ha sido leve.
Damien se ayudó con la muleta para salir del socavón en el que cayera el jeep.
—¿Podrás llegar hasta el chalet? —preguntó Juliet, inquieta por su marido que se hallaba en período de recuperación.
—Claro que si, no te preocupes tanto.
Se acercaron a la tumba del moro para desde esta dirigir se luego al campamento cuando Damien observó la piedra cónica fuera de su lugar.
El hoyo quedaba visible y recordó lo que le contara el médico.
¡Mary. Mary! —gritó Veronique, fuera de sí, al descubrir el cuerpo de su hermana en el suelo, cerca de una de las piedras clavadas en la tierra.
Juliet corrió a su lado. Se inclinó sobre el cadáver y tuvo que cerrar los ojos.
—Dios mío, qué horror.
—¡Mi hermana está muerta, está muerta! —gritaba Veronique.
Damien se acercó con su encendedor. Iluminó mejor el rostro ensangrentado y luego se apartó, opinando:
—La ha atacado una alimaña con garras.
—Damien, esto es horrible. Tenías razón, la luna roja es presagio de sangre, ya hay dos muertos.
—Quizá más —musitó Damien, mirando en derredor con actitud recelosa.
De pronto, se fijó en la pesada piedra y anduvo recto hacia ella. Dejó la muleta en el suelo y comenzó a moverla.
—¿Qué haces. Damien?
—Colocarla en su sitio. No creo en las maldiciones —dijo, ya jadeante—, pero el doctor contó que lo mejor es que las piedras estuvieran en su lugar.
—Es que no puedes.
—Claro que puedo. Deja ya de tratarme como a un anciano.
Damien empujó la piedra hasta el borde del hoyo. La colocó con la punta cerca de él y fue entonces cuando apareció la mano diabólica mientras una vaharada pestilente le aturdía. Era como un vapor nauseabundo que emanaba del propio hoyo fúnebre.
— ¡Damien! —gritó Juliet al darse cuenta de lo que sucedía.
Veronique retrocedió, aterrada. Damien, sin darse por vencido,

luchó por liberarse de la garra satánica que le atenazaba.
Rrrrfffuuuuu...
Cuando Juliet había cogido la muleta caída de Damien para ayudarle y golpearle con ella aquella mano diabólica y macabra que emergía del hoyo, escuchó el amenazador ruido. Se volvió y sobre la gran piedra cilíndrica, centro geométrico de la tumba del moró, le descubrió.
—¡«Lucifer»!

Damien, con su mano libre, trató de liberarse dedo a dedo de aquella mano infernal que surgía de la mismísima tierra, como pretendiendo atraerle hacia ella; más, los dedos eran como mordazas de acero que presionaban sobre sus huesos y tendones, sobré sus venas, impidiendo la normal circulación de la sangre.

—¡Cuidado, Juliet, el gato puede ser el asesino de la chica!

Juliet retrocedió al tiempo que levantaba la muleta, utilizándola como arma.

El gato saltó sobre ella, pero se golpeó con la muleta de madera y cayó al suelo, enroscándose sobre sí mismo. De inmediato, recuperó su postura de ataque y volvió a saltar.

No lejos de allí, el médico, viendo lo que ocurría, acababa de soltar al perro que, dando un gran salto, coincidió en el aire con el maligno gato, cerrando sus mandíbulas en torno al cuello del felino.

Ambos rodaron por el suelo entre estremecedores rugidos.

El gato era grande, extrañamente grande y poderoso, pero «Chipper» no aflojaba la presión de sus mandíbulas en tomo al cuello del felino mientras éste abría con sus garras las carnes del noble perro que no expresó su dolor para no separar las mandíbulas.

Rodaron sobre sí mismos hasta que los dos animales quedaron quietos.

El doctor llegó junto a ellos, jadeante. Arrancó al gato «Lucifer» de entre las fauces del perro y rápidamente lo arrojó al hoyo mientras Juliet, todavía sin habla, levantaba la muleta y golpeaba el brazo que salía de la tierra.

—¡Vamos, monsieur, arriba, arriba con la piedra!

La mano macabra soltó al fin la muñeca de Damien y entre éste y el médico pusieron la piedra de nuevo en su sitio, clavando la cúspide del cono invertido sobre la cabeza de los restos humanos o diabólicos que allí había además del extraño gato con el cuello partido.

—Ya está —dijo el viejo, jadeante, sentándose en el suelo.

—Gracias al perro —dijo Juliet.

El doctor se acercó al perro, lo observó y dijo:

—Ha muerto, pobre animal. Violeta va a sentirlo mucho, habrá que proporcionarle otro perro.

—No se preocupe por eso, doctor —le dijo Damien—. Ya nos encargaremos nosotros de que Violeta tenga un cachorro.

E P I L O G O

La grúa sacó sin problemas al jeep commander del socavón y el vehículo pudo ponerse en marcha rápidamente, pues no parecía haber sufrido daños.

Varias ambulancias y coches patrullas se hallaban allí mientras perros policías ladraban en todas direcciones.

—Es horrible —opinó el juez—. Jamás hubiera imaginado que encontraríamos tantos cadáveres, parece como si las fuerzas satánicas se hubieran desatado en este lugar.

—No lo dude, no lo dude —musitó el médico.

No lejos, Damien caminaba ya sin muletas, como si deliberadamente hubiera deseado liberarse de ellas.

—¿Se han llevado ya a Veronique?

—Sí, en estado de shock nervioso. De todos los muchachos, incluida su hermana, sólo ella ha quedado con vida.

—Es monstruoso —opinó Juliet.

—Si, monstruoso y nosotros nos vamos de aquí hoy mismo. A la policía le va a costar mucho hallar una explicación a lo sucedido, claro que siempre queda la solución de contar que eran drogadictos y cosas por el estilo. Ah, me ha dicho el doctor que no contemos nada sobre la piedra salida, que ya se encargará él, cuando pasen unas semanas, de hacer venir un bulldozer para que cubra con tierra todo este conjunto funerario tan maléfico para que a nadie se le ocurra jamás mover una de sus piedras.

—Pero, Damien, ¿es cierto todo lo que ha sucedido?

—Sí, sí lo es.

—Todavía me cuesta creerlo.

—Pues lo es. Y me fijé que cuando ya habíamos cubierto el hoyo con la piedra cónica, la luna roja se tornó blanca.

—Vámonos de aquí. Damien, vámonos.

El joven matrimonio se cogió de la mano para ir en busca del jeep que habría de llevarles muy lejos de la casa de los muertos.

F I N



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.